CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS - PATRONATO MENENDEZ Y PELAYO — MADRID

REVISTA DE INDIAS



AÑO IX — NUMS. 31-32

INSTITUTO FERNANDEZ DE OVIEDO

HERNÁN CORTÉS EN LA POESÍA ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Es sabido que todos los grandes acontecimientos, todos los hechos heroicos realizados por los pueblos o por los hombres individualmente, han tenido siempre un reflejo más o menos brillante en la literatura humana. A veces, los juglares del pueblo, esos osauros autores de la canción que va de plaza en plaza, anidada en las bocas infantiles de niños y niñeras —las niñeras, cuando cantan a los niños, tienen también boca infantil—, superan en sus poemas la personalidad real de los héroes que cantan. A veces también el poeta erudito y culto hace lo mismo con sus personajes. Otras, en cambio, los poetas, populares o cultos, no están a la altura de los héroes, y éstos quedan, a través de los cantos, mermados y disminuídos.

Por otra parte, es preciso consignar que no todos los hechos heroicos —aun constituyendo siempre el heroísmo tema poético— se prestan igualmente bien a ser cantados. En primer lugar, porque no todos tienen la misma trascendencia humana. Así, unos hieren más la sensibilidad del pueblo; otros, por el contrario, alcanzan más a la élite de los hombres. Y no todos encienden del mismo modo el entusiasmo. Por último, es preciso tener en cuenta también que los hechos heroicos no se producen en iguales circunstancias ni todos perduran lo mismo ni de igual modo en la mente y en el corazón de los hombres. Así, pues, en el curso de los años los héroes cambian de cara, persisten nítidamente o van difuminándose hasta borrarse por completo. Hoy no es el Cid lo mismo, en la tradición popular, que lo que era en el siglo XIV y, desde lue-

go, no dejó el Campeador igual huella literaria que Bayardo, por ejemplo; ni Hernán Cortés la misma que el rey don Sebastián.

¿Cómo fué la estela literaria que dejó en pos de sí el conquistador de Nueva España? Delimitado mi estudio, dentro de la literatura general, a la poesía española de los siglos XVIII y XIX (1), he de consignar, no obstante, en primer término, que la figura y la gesta de Hernán Cortés pasaron muy pronto de la literatura puramente histórica —las crónicas de sus hechos— a la puramente imaginativa, basada, en mayor o menor medida, en aquellas relaciones fieles a la realidad de la vida y la obra cortesianas. Así, ya en el mismo siglo XVI, Francisco de Terrazas, en su *Nuevo Mundo y Conquista*, trata de Hernán Cortés, como igualmente aparece el conquistador de Nueva España en la obra *El peregrino indiano*. Más adelante —como se verá en las páginas que siguen— pervivió en la poesía la figura de Cortés con su carga de leyenda, mientras, paralelamente, continuó cultivándose el género histórico, aun cuando en algunos casos —en el de Antonio de Solís, por ejemplo— admitiera en su erudito ámbito algunos posos de fantasía.

Pero en el siglo XIX, junto a las obras históricas y las poéticas, aparece un tercer grupo de escritos que no encajan del todo en ninguno de los antes señalados. No hay que olvidar que en la historia del mundo hispanoamericano, el siglo XIX es un siglo ciego, de apasionamiento e incomprensión, consecuencia casi inevitable de la reciente guerra de la independencia. Es cierto que no faltaron mentes aisladas —muy aisladas— que supieron comprender lo permanente de la historia bajo el caedizo follaje de los sucesos de la época. Sin embargo, la tónica general fué, en este punto, desastrosa. Los españoles, sin visión política ninguna, pensaron solucionar los problemas con adustos gestos de reconquista. Los hispanoamericanos imaginaron que su libertad estaba en la difamación de los conquistadores. De ahí la profusión de impresos, publicados en México a raíz de la proclamación de la inde-

(1) Mi querido amigo Jorge Campos se ocupa, en esta misma Revista, de la personalidad literaria de Cortés en la dramática. Y en colaboración preparamos un estudio completo que abarque la figura de Cortés en la Literatura.

pendencia, en que «algunos poetastros» calumniaban a Cortés, además de felicitar a Iturbide (2). De ahí también esa «cierta escuela» formada en México «para denigrar la memoria de Hernán Cortés y de los que le acompañaron en la conquista», y que tenía por jefe principal —o «declarado campeón»— al general Tornel (3). Y así es como encuentra explicación este párrafo de la *Oración cívica* que el 16 de setiembre de 1851 —aniversario del grito de Dolores— pronunció el ciudadano Brito en la ciudad de México: «Surca Hernán Cortés las aguas del mar en la barca de su ambición, impelido por los vientos de su orgullo, y avista a un mundo nuevo, cuyos inocentes habitantes disfrutaban entonces tranquilos en sus hogares los ópimos frutos de su suelo. Los árboles eran habitados de mil pintados pajarillos que alegres cantaban su libertad. Los campos estaban sembrados de exquisitas flores, que daban matiz al verde esmeralda con que les vistió la naturaleza; su fragancia y olor embalsamaba (4) el aire. Las aguas que corrían en los arroyuelos eran cristalinas; el cordero las gustaba sin pensar en el Lobo que le quería devorar. Sobre los techos de las sencillas habitaciones de nuestros antepasados los indios, enviaba el sol hermoso sus rayos resplandecientes... ¡Todo era felicidad! Los padres educaban a sus hijos con los preceptos de la ley natural, los alimentaban con cuidado y los vestían y engalanaban, como que era la parte más interesante de su afecto» (5).

Claro es que, contra estos desatinos, no faltaron, en México mismo, voces de discreción. Así, *El Universal* de 31 de setiembre, que copiaba el citado y otros párrafos de la *Oración*, recomendaba al lector el conocimiento completo del discurso, para que viera directamente «cómo aquellos felices habitantes dormían todos un sueño tranquilo, sin cubrirse con otra cosa que con el velo de la inocencia; cómo al despertar, la tierra abundante y rica les ofrecía oro y otras lindezas de esta clase, apoyadas en tex-

---

(2) Francisco de P. Arrangóiz: *Mejico desde* 1808 *hasta* 1867. *Madrid*, 1872, t. II, pág. 94.

(3) Véase despacho núm. 14 de don Pedro Pascual Oliver, ministro de España en México, a don Antonio González, primer Secretario de Estado y Presidente del Consejo de Ministros. (Arch. Hist. Nac., Estado, leg. 5867.)

(4) El autor de la *oración* escribía *enbalsamaba*.

(5) Cita de Arrangóiz, obra cit., II, 320 y sigtes.

tos de Lamennais, Thompson y Shakespeare; porque el orador parece ser aficionado a la literatura inglesa». Y haciendo la crítica del párrafo copiado, el articulista se contentaba con «admirar el talento feliz, que supo acomodar en tan pocas líneas tantos y tan garrafales desatinos, y los efectos prodigiosos de una conquista que ha hecho enmudecer a los pájaros, despojarlos de sus pintados plumajes, enturbiar los arroyos y dar ferocidad al Lobo, cuyo nombre el autor escribe con letra mayúscula, sin duda por respeto. Admiremos también la exactitud de sus conocimientos históricos, dándonos la noticia muy nueva de que hubiese corderos en México antes de la conquista, y pintándonos una felicidad tal que, por no disfrutarla, los desgraciados habitantes corrieron a millares a ponerse bajo las órdenes de Cortés para librarse de un yugo que había venido a ser intolerable. Llamemos, sí, la atención sobre esto de que los indios fueron nuestros antepasados y lo de la ley natural en que educaban a sus hijos; y ya que no puede llamarse tal la más atroz y sanguinaria idolatría de que la historia de todas las naciones, aun las más bárbaras, presentan el ejemplo, debemos pensar que el bueno del orador leyó alguna de aquellas pinturas poéticas que los impíos filósofos franceses del siglo pasado hicieron de la isla de O-Taití, cuando fué visitada por el capitán Cook, con la piadosa intención de hacer creer que los pueblos, para ser felices, necesitaban vivir bajo la ley natural, librándose de la superstición de la ley revelada, y para amenizar su discurso trasladó a él todas esas felicidades imaginarias, sin omitir siquiera los pajarillos y los arroyuelos» (6).

Eran, pues, tiempos en que el rencor manejaba la mano de algunos escritores, y ya es sabido que, bajo el signo de la discordia, no es posible hacer obra poética ni obra histórica. Por esta razón —es obvio añadirlo—, en este estudio he prescindido por completo de ese género de escritos que no tienen ningún rasgo científico ni elemento literario alguno. Y, prescindiendo, según he anunciado, de la narración historica; limitado, por consecuencia, mi trabajo a la poesía del setecientos y del ochocientos, veamos qué visión de Cortés tuvieron esos siglos en España (7).

---

(6) ARRANGÓIZ: loc. cit.

(7) Conviene advertir que no me anima ninguna pretensión exhaustiva.

EL SIGLO XVIII

Estaría aquí fuera de lugar todo lo que excediera de un par de párrafos para caracterizar, desde el punto de vista literario, nuestro siglo XVIII. Por una parte, son muy conocidos los rasgos generales de la literatura de este período; por otra, sería superfluo para nuestro estudio el determinarlos. No hay, pues, motivo para extenderse sobre la influencia francesa e italiana —recuérdese la *Poética* de Luzán—, la sujeción del arte a normas fijas, el nuevo clasicismo imperante, el predominio de la razón y la mayor importancia concedida a la forma sobre el fondo.

Pero sí conviene señalar en la poesía de esta época ciertos caracteres distintivos que nos van a servir de punto de partida para aclarar suficientemente la visión que de Hernán Cortés tuvo la poesía dieciochesca española. Observemos, en primer término, un aprecio especial, una simpatía manifiesta por la poesía heroica o el llamado canto épico. Como veremos en seguida, el siglo XVIII habla de Cortés en poemas épicos, formados por una sucesión, más o menos extensa —casi siempre más extensa—, de octavas reales. Se puede atribuir este monomorfismo al gusto de la época, que exigía, sin duda, el endecasílabo para el canto de las acciones heroicas y, quizá, la índole del tema lo requiriese así. En todo caso, el hecho es cierto, y el canto épico en octavas reales fué la única forma que usaron los poetas.

Esta sujeción unánime a la forma produjo como consecuencia ese inevitable prosaísmo que se advierte en la poesía de esta centuria. Quizá esta característica sea atribuíble, en mayor medida, al espíritu crítico y filosófico del siglo XVIII o responda a una reacción contra los excesivos lirismos de los escritores barrocos del XVII. Pero también podemos pensar que se deba, en el caso que analizamos, a la imposibilidad de mantener el tono poético a lo largo de los interminables cantos que aquellos vates escribían, pues no es fácil evitar el prosaísmo cuando se escriben trescientas o cuatrocientas octavas sobre un tema determinado.

Uso, pues, solamente aquellas obras que me parecen más representativas para la índole del estudio que realizo.

Ni el prosaísmo ni la repetición tampoco, ya sea de ideas o de metáforas e imágenes, que también se observa en los poetas que cantaron a Cortés. No aludo aquí, como es lógico, a las citas de héroes y dioses de la mitología clásica, que era entonces el abecedario de todo poeta, sino a las comparaciones del conquistador de Nueva España con los personajes de la Antigüedad clásica. César, Escipión y Alejandro aparecen, así, en todos los cantos épicos, y en todos se ponen de relieve iguales virtudes. Ofrecen, por tanto, los poemas, considerados en conjunto, una especial monotonía en su fondo, que se ve muy claramente en las imágenes y metáforas. Citaré, como muestra, un caso típico: es el de la comparación poética entre dos hechos: uno, el que se narra; el otro, el que determina el modo cómo tiene lugar el anterior. Así, Francisco Ruiz de León, en su *Hernandía* (8), para decirnos el modo de atacar de un ejército en batalla, escribe:

Cual al redil incauto desalados,
afilando el marfil de sus colmillos,
en las sombras devoran apiñados
hambrientos lobos, tiernos corderillos:
o cual tigre, que encuentra destrozados
los miembros del cachorro en los tomillos,
acomete sangriento a los ventores
canes, y aun a los mismos cazadores,

tal con la espada en mano los embisten...

O esta otra, del canto II, octava 70, que empieza:

Cual inocente femenil caterva,
que en el prado pueril afán divierte,
azorada se rinde entre la yerba,
viendo aún fingida sombra de la Muerte...

Y en el mismo poema podemos ver aún muchos más ejemplos (9), del mismo modo que en los que se presentaron al concurso de la Real Academia Española, en 1778. Por ejemplo, en

(8) Canto II, octavas 47-48. Modernizo en todas las citas la ortografía de los originales.

(9) Así, en el canto III, oct. 44; VI, 39; VII, 10, 45; VIII, 35, 55; IX, 52, 95, 122; XI, 25, 31, 34, etc.

el canto de don José María Vaca de Guzmán, que obtuvo el premio:

Como en la noche lóbrega y horrenda,
cuando Jove los polos estremece,
si al caminante la perdida senda
a la luz del relámpago aparece,
deslumbrado después, en más tremenda
oscuridad su aliento desfallece,
sin poder divisar los horizontes,
ni distinguir los valles de los montes:

Así el portento, que aún dudoso admiro,
confuso me dejó, ciego y cobarde:
Vuelvo en mí con el susto, y me retiro
al expirar los plazos de la tarde...

De este modo, los ejemplos se repiten hasta la saciedad, especialmente en el poema de Juan Escoiquiz, *México conquistada*, cuyo autor, como se verá más adelante, demuestra un insistente afecto por esta clase de comparaciones, que constituyen, junto con las alusiones mitológicas, dos constantes de la poesía épica española del siglo XVIII.

Pero todavía existen otras dos características que se dan en todos los poemas cortesianos de la época. Es una de ellas la presencia de seres abstractos o sobrehumanos, que intervienen en los acontecimientos de diversos modos, provocándolos unas veces, torciendo su curso otras, aconsejando a los personajes, incitándoles a obrar o consolándoles en sus amarguras. El Espíritu del Mal, la Discordia, la Envidia, la Confianza, Luzbel y los ángeles del cielo pasan ante los ojos del lector y le trasladan a regiones sombrías o luminosas, pero extraterrenas, hasta perderse por los espacios infinitos tras la vagarosa imaginación del poeta. Es, en la literatura, el mismo fenómeno que produce el arte pictórico con los frescos que traspasan techos y paredes con esa ansia barroca de rotura de contornos, de evasión hacia mundos desgajados de la realidad.

Ansia barroca, sí. Porque en el ritmo de sustitución de una época por la siguiente, es preciso señalar —como ha dicho Guillermo Díaz-Plaja (10)— un «eco del pasado» que «actúa de lastre

(10) Véase su obra *Hacia un concepto de la literatura española. Ensayos*

para el devenir histórico», y un «algo» hacia lo que camina la época que está moviéndose. En el siglo XVIII español, el eco es Góngora; el fin, el romanticismo, que es también barroquismo (11). Así, vemos junto a la preocupación por la realidad —cuya naturaleza analizaré en seguida—, esos escapes hacia lo irreal que están preludiando ya ideales románticos; junto a los modos de expresión puramente neoclásicos, restos de giros, metáforas e imágenes típicamente barrocos.

...con que el engaño dulces finge escenas...

...como el que iba leyendo en sus semblantes
tácitas, el cuidado, observaciones...

dice Ruiz de León (12), quien asimismo emplea este juego de palabras (13):

y a la inmediata de los Sacrificios
saltan apenas cuando penas pisan.

Y esta metáfora, claramente gongorina:

A una gruta, que el verde pavimento
rompió en bostezos bóveda sombría (14).

o aquella en que llama a los barcos «ciudades vagas de betún y abeto» (15). Escoiquiz, por su parte, ya en el final del siglo, nos dirá que

el camino de sombras esparcido
la noche en dos mitades dividía (16).

y nos hablará de «un corazón de triple bronce armado» (17), en

---

elegidos, 1931-1941. [Buenos Aires], Espasa-Calpe, S. A. [1942]. Colección Austral, núm. 297, págs. 15-19.

(11) G. DÍAZ-PLAJA: obra cit., pág. 23.
(12) *Hernandía*, canto III, oct. 39.
(13) Idem, I, 45.
(14) Canto IV, oct. 53.
(15) Canto III, oct. 19.
(16) *México conquistada*, t. I, pág. 120, canto IV, act. 26.
(17) Obra cit., t. II. canto XVII, oct. 70.

metáfora que está mostrando claramente su ascendencia seicentista.

Pero he dicho también que en el siglo XVIII el artista tiene siempre presente la realidad. Es ésta una característica común a toda la producción literaria del neoclasicismo y propia de ella. Por eso, los poetas que cantan a Cortés y su conquista no pueden desprenderse por completo de la veracidad histórica de los hechos que narran. En este caso, esa realidad estaba consignada en los cronistas e historiadores de Indias, y a ellos acuden los poetas como a la única fuente que puede saciar su sed de realismo. Ahora bien, esta afirmación, enunciada así, podría inducir a lamentables errores de interpretación. El tema requiere, pues, mayor espacio.

Podría pensarse, en efecto, leídas las palabras antecedentes, que los poemas cortesianos del siglo XVIII eran poco menos que crónicas rimadas de la conquista de México; que en ellos no habían dado cabida sus autores a ningún error histórico, de tal modo, que, a través de su lectura, pudiera seguirse la relación puntual, depurada y científica de la gesta cortesiana. No es esto, sin embargo, lo que sucede. Por otra parte, ya he señalado antes la inclusión en los poemas de ficciones o «fábulas» que no responden a la verdad histórica. Pero, además, los autores no tuvieron en cuenta las crónicas al relatar los acontecimientos, sino solamente una obra histórica escrita no muchos años antes: la *Historia de la conquista de México, población y progreso de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*, de don Antonio Solís y Rivadeneyra, cuya publicación data de 1685. Esta Historia, cuya claridad, casticismo y elegancia de estilo la hacen amenísima y ejemplar entre las narraciones históricas, está escrita muchos años después de suceder los acontecimientos que narra, y su autor, aunque usó como fuentes las cartas del conquistador y las obras de López de Gómara y Bernal Díaz, recoge en su libro noticias sin la necesaria comprobación, incurriendo así en errores, de los que quizá fuese causa la propia abundancia de datos que consiguió.

Pues bien, la Historia de Solís fué la guía común de que se sirvieron los poetas para dar la imprescindible base real a sus cantos. Era, por otra parte, la guía más conocida y asequible que tu-

vieron a la mano. De Ruiz de León se sabe positivamente que la siguió punto por punto en su *Hernandía*.

El Insigne Solís tu Norte ha sido,
y en mucho (que no es poco) le imitaste;
¡Oh, cuánto en esto sólo has conseguido!

Ya es ocioso decir te remontaste:
porque no siendo así, ¿quién ha podido
seguir al que seguiste y alcanzaste?

dice don José Joaquín Benegasi y Luxán, en el soneto que escribió «en aplauso» de la obra (18). Y el padre Juan de Buedo Girón, S. I., también lo dice en su Romance heroico en elogio de Ruiz de León:

Sólo en Solís de una memoria eterna
le paga en verso lo que le dió en prosa.

y, más adelante, añade:

Si el gran Solís a números oyera
su culta, sabia, incomparable prosa,
tan grandemente reducida al metro,
se envaneciera y no con vanagloria.

Respecto a los poetas que optaron al premio de la Academia Española, son mayoría los que citan expresamente a Solís en sus poemas, pues de ocho que aluden a los cronistas e historiadores en que basaron sus obras, seis hablan de Solís y uno de ellos llama a la Historia de este cronista «dulce y hechicera». Y Juan de Escoiquiz le sigue también en lo fundamental de la conquista que narra.

No faltan tampoco autores que citan a otros cronistas. Bernal Díaz del Castillo es conocido por casi todos, y hay dos —entre los aspirantes al premio de la Academia— que le citan textualmente. También Escoiquiz dedica uno de sus versos (19) al famo-

(18) Don José Joaquín Benegasi y Luxán, Señor de los Terreros y Valdelosyelos y Regidor perpetuo de la ciudad de Loja, es autor de la Aprobación de la *Hernandía*.

(19) De la octava 60, canto II, t. I, pág. 57.

so cronista soldado. Por último, el autor del poema señalado con la letra E, entre los seleccionados para el premio de 1778 (20), sigue a Antonio de Herrera, cuyas célebres *Décadas* cita anotando cuidadosamente el capítulo y la página de donde toma los datos. Pero es preciso advertir que —salvado este último caso— todos los demás, aludan o no a Bernal Díaz, siguen fielmente a Solís en sus escritos, y no es aventurado pensar que aquellos que citan al soldado cronista quizá le conocieran sólo a través de la Historia de Solís. Así, no puede extrañar que hallemos en los poemas muchos errores históricos, cuyo detalle, por muy conocido, no se concreta aquí.

Hecho, pues, este examen general del siglo XVIII, podemos pasar ya al estudio particular de cada una de las obras escogidas. Y, en primer término, de la *Hernandía*, de Francisco Ruiz de León.

Ruiz de León y su «Hernandía»

En el año 1755 se publicó en Madrid, impreso en la imprenta de la viuda de Manuel Fernández, un poema épico en honor de Hernán Cortés y la conquista de México. El libro tenía por título, a usanza de la época, todo este largo párrafo: «Hernandía, Triumphos de la Fe, y gloria de las Armas Españolas. Poemo heroyco. Conquista de México, cabeza del Imperio septentrional de la Nueva España. Proezas de Hernán Cortés, Catholicos Blasones Militares, y Grandezas del Nuevo Mundo». Su autor, Francisco Ruiz de León, era «hijo de la Nueva España» y consagraba reverentemente su obra «a la Soberana, Catholica Magestad de su Rey, y Señor natural Don Fernando Sexto, en la Real Catholica Magestad de la Reyna Nuestra Señora Doña María Bárbara (que Dios guarde) y a las dos Magestades, por mano del Excelentíssimo Señor Duque de Alva» (21). Preceden al poema mismo tres sonetos del autor, dedicado el primero a la reina y —en ella —a Fernando VI,

(20) Publico en apéndice el texto íntegro de este poema.

(21) Uso en mi estudio el ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de Madrid con la signatura 3/20721. En dicho Centro se conservan otros tres ejemplares de esta obra, con las signaturas 3/68097, 3/51422 y 3/49926.

y los dos siguientes, muy ingeniosos, a don Fernando de Beaumont, Silva y Alvarez de Toledo, duque de Alba. Siguen a estas composiciones la «Censura», de don Joaquín de Buedo y Girón; la licencia del Ordinario; la «Aprobación» de don José Joaquín Benegasi y Luxán; la Licencia del Consejo de Indias; la «Suma del privilegio», fe de erratas y tasa —a trescientos ochenta y cuatro maravedís se debía vender cada ejemplar—; un soneto de don José Joaquín Benegasi, «en aplauso de esta obra»; dos décimas del mismo Benegasi, escritas «previniendo las repetidas y rigorosas críticas, a que se expone en el presente tiempo toda producción poética»; un «Romance heroyco en elogio de don Francisco Ruiz de León», por el P. Juan de Buedo Girón, S. I.; y, por último, unas «octavas jocoserias» al mismo asunto y por el mismo padre jesuíta.

Con todo este equipaje inicial comienza la *Hernandía*. El poema está dividido en doce cantos, precedidos cada uno por un «Epílogo» en prosa y un «Argumento» en verso, en los que se expone, con distinta extensión, el tema de cada canto. Es interesante, por dar idea completa de la visión que el poeta tiene de la conquista de México, analizar someramente los temas expresados en cada uno de los «epílogos». Así, el canto primero —compuesto por 132 octavas reales— relata cómo «después de los descubrimientos del Adelantado Christoval Colon, y del Capitan Francisco Fernandez de Cordova: pacificadas las Islas del Mar Atlántico, convoca Diego Velazquez en la de Cuba los principales de ella para el propio fin, y con los Vasos, que tenía prevenidos, sale Juan de Grijalva a la empresa». Da noticia de los descubrimientos de Grijalva y de su regreso a Cuba, después de varios «accidentes» y «por reclamo de su gente». Irritado Velázquez contra Grijalva por no haber hecho «la población», envía a Cortés. El autor da «noticia de quién era» el nuevo jefe, de «su calidad, valor y el estado en que se hallaba», y con la salida de Cuba y la llegada a Cozumel, termina el canto primero.

En el canto II, de 111 octavos, Hernán Cortés sale de Cozumel y recoge a Jerónimo de Aguilar, «necesario instrumento a la empresa, por la practica en los extranjeros idiomas de la América». Gana después a Tabasco, llega a San Juan de Ulúa y desembarca en la costa de Veracruz, donde recibe la visita del «General y Go-

bernador de Moctezuma». Relata el poeta las conferencias celebradas entre estos jefes indios y el caudillo español, hasta «llegar el Bárbaro —dice— a prorrumpir el rompimiento», por lo que «desabridos», algunos soldados «claman por Cuba», pero su jefe les sosiega con la amistad del señor de Zempoala. Cortés funda Veracruz, en cuyo Ayuntamiento renuncia el mando, que le devuelve el municipio inmediatamente. Conquistada la provincia de Quahuistla (22) y para castigo de unos sediciosos que querían huir en un navío, Cortés «resuelve dar al través con la Armada», acción con la que termina este segundo canto.

Las 107 octavas del tercero refieren la marcha a Zocotlan y Tlaxcala, cuyo Senado, después de varias «reyectas», determina romper con los españoles. Estos derrotan a los tlaxcaltecas y pasan luego a Cholula, cuya conjuración y castigo narra el poeta. Por último, Cortés hace que los de Cholula y Tlaxcala queden unidos, «para dejar paso seguro a las tropas de Tlaxcala, y a su Gente, en caso de necesitarlo, si no correspondiense el suceso a sus designios». Pero Luzbel —estamos ya en el canto IV, de 104 octavas—, irritado con los triunfos de Hernán Cortés, convoca un conciliábulo para impedir la propagación del Evangelio en América y consigue que Moctezuma resuelva acabar con los españoles. Con este motivo, el poeta describe la ciudad de México y da, con «la más prudente conjetura», la «más verosímil Genealogía» de sus reyes hasta Moctezuma, tema que, con la descripción de los ritos, costumbres y ceremonias de aquella «gentilidad», constituye las 109 octavas del canto V.

Se compone el sexto de 119 octavas que relatan la celada que tiende Moctezuma a los españoles para impedir la entrada de Cortés en México. Descubierta y deshecha la emboscada, visitan los españoles Tezcuco, cuya capital se describe, así como la de Ixtacpalapan, donde hacen alto. Descrito el recibimiento de Moctezuma a Cortés, se inicia el canto VII —de 119 octavas— con las fiestas que el rey azteca organiza en honor de los españoles. «Dispónense —dice Ruiz de León— unas justas solemnes, en que, imitando los antiguos Juegos, Pytios, y Nemeos, igualmente ostentan

(22) Quiero advertir que respeto la ortografía con que el poeta escribe los nombre indios.

los Mexicanos la grandeza, y el ingenio, así en el vistoso aparato de sus arreos, jeroglíficos, y caracteres amatorios, como la destreza y osadía, en lidiar las varias fieras, que hicieron grande el espectáculo, y el Circo». Describe también el anfiteatro, «en que después los Mexicanos Gladiatores, no sin vanidad, oscurecieron los seculares juegos de la antigua Roma». Pero, mientras se celebran estas fiestas, el general Qualpopoc ataca a Veracruz, defendida por Juan de Escalante, que muere en la batalla. La muerte de Escalante provoca la detención de Moctezuma y la prisión y muerte de Qualpopoc, ordenada por el rey.

A continuación, el príncipe de Tezcuco, Cacumatzin, so pretexto de libertar a Moctezuma, prepara una conjura, cuyo verdadero objeto era el deseo del príncipe de «estar más inmediato a la Corona». Pero, conocida la trama, el señor de Mexicaltzinco la desvanece para «no ver frustrados los derechos, que también le favorecen para el Solio». Revelado todo a Moctezuma, el rey prepara una celada, detiene a Cacumatzin y le despoja, por consejo de Cortés, de su investidura de «Elector». Moctezuma reconoce después al rey de España como «Supremo legítimo Señor del Occidente» y concede a Cortés un cuantioso tributo para que salga de México con su ejército. Y termina, así, el canto VIII —de 102 octavas— con la promesa hecha por Cortés a Moctezuma de retirarse tan pronto como estén construídos los bergantines que a tal efecto preparaba.

Mientras en México tienen lugar estos acontecimientos, en Europa ocurren varias «revoluciones», que constituyen el tema del canto IX. Así, las 116 octavas de este canto están dedicadas a referir las noticias calumniosas que corrían sobre Cortés en España y los intentos que en Cuba realiza Velázquez para «disuadirlo»; intentos que toman cuerpo material en la armada de Pánfilo de Narváez, derrotado por Cortés muy poco después de desembarcar. Es entonces cuando conoce el jefe español la sublevación de México y el asalto al cuartel español de aquella ciudad, hechos que, con la muerte de Moctezuma, la coronación de Quauthlahuac y la salida de los españoles de México durante la Noche Triste, forman las 146 octavas del canto X. Así, los españoles llegan a Otumba, donde se da la famosa batalla, que es descrita con gran minuciosidad. Los españoles van a Tlaxcala, donde Cortés «modera» el

castigo que un senador firmó contra su propio hijo por haber conspirado contra los españoles. Estos reducen varias provincias, a pesar de la oposición de las «Milicias Mexicanas» que Quautemotzin, el nuevo rey, había preparado, y sitúan su «Plaza de Armas» en la capital de Tezcuco, para atacar a México. Antes, Hernán Cortés «reconviene con la paz» al emperador mexicano. Y, desoídas estas propuestas, bota los bergantines y, vencida la heroica y tenaz resistencia indígena, entra en México, con cuyo acontecimiento terminan las 149 octavas del canto XII y el poema.

He aquí, en sucinta relación, el argumento general de la *Hernandía*. En sus octavas —«aun siendo muchas»— ya encontraba don José Joaquín Benegasi «profundos conceptos, no pocas sentencias, reflexiones discretísimas y ciertos ofrecimientos de aquellos que, no sin propiedad, podemos llamar Originales» (23). Nosotros hallaremos también en ellas constantes alusiones a la mitología clásica, a los autores de la antigüedad greco-romana y a hechos de su historia. Y encontraremos también, nada más empezar a leer, la índole del tema y el antilirismo del autor:

No canto Endechas, que en la Arcadia umbrosa,
al vasto son de la Zampoña ruda,
lamenta a la Zagala desdeñosa
tierno Pastor, para que a verle acuda:
Delirios vanos de pasión odiosa,
que a la Alma ciega, y a la lengua muda
dejan, cuando explicados, o sentidos,
roban el corazón por los oídos (24).

No canta tampoco «ocios de rústica montaña», ni la vid, la mies, la caña y el pámpano, ni «de la abeja laborioso esmero» alienta su voz, pues «hoy con Arte,—estragos canto del sangriento Marte».

Las Armas canto y el Varón glorioso,
que labrando a sus manos su oportuna
suerte, constante, diestro, generoso,
sobre los Astros erigió su cuna:

(23) Aprobación de la *Hernandía*, por José Joaquín Benegasi y Luxán.
(24) Canto I, octava 1.

Heroe Cristiano del valor Coloso,
que triunfó del destino y la Fortuna,
de sus Proezas blasón, de España gloria,
campeón insigne, de inmortal memoria (25).

Ha aparecido Hernán Cortés. Y no mueve el poeta su mano por el interés o la codicia ciega, sino que «la razón, la verdad y la justicia» le prestan ágil vuelo para subir hasta las más altas regiones del empíreo celeste. Ya hemos visto antes qué ropaje imaginativo y metafórico viste el poeta para realizar su ascensión hasta la necesaria altura heroica en que está situada la acción. Porque la gesta cortesiana —conviene decirlo— es

acción heroica, que en su rara empresa,
a cada paso muestra prodigiosa
una Proeza gentil, que más la expresa,
y una Facción en cada punto honrosa:
Todo fué fruto fiel con que embelesa
la atención, su lealtad pundonorosa,
donde obraron con émulo ardimiento
tanto su Espada como su talento (26).

Van a obrar, pues, en la acción el talento y la espada del caudillo castellano. Su acción borrará las de César, Escipión, Alejandro y Pompeyo. ¿Pero cómo es el héroe que va a llevar a cabo la hazaña? ¿Cómo es y quién es el hombre que va «a reducir al Acto lo imposible»? ¿Cómo es ese «extremeño Alcides»?

La primera visión de Cortés que deslumbra al lector del poema es la del galán guerrero. Sus padres le envían a las Indias y él va a Santo Domingo, pero viendo sosegada la isla pasa a Cuba a guerrear,

pues pechos como el suyo no apetecen
más honor, sino aquel que ellos merecen (27).

Pero en estos tiempos de Cuba, el futuro conquistador es

galán, sin los melindres de adornado;
valiente, sin alarde presumido;
liberal, sin jactancia de envidiado;

(25) Canto I, octava 3.
(26) Canto I, oct. 5.
(27) Canto I, oct. 68.

cortés, con atenciones de entendido:
Discreto, que habla puro, y no afectado;
sobre talle gentil, denuedo airoso;
joven edad y aspecto generoso (28).

Es la época en que Hernán Cortés casa con Catalina Juárez y consigue con ello la amistad de Velázquez; la época en que le previene el cielo para la empresa más asombrosa de la tierra. Es el momento también en que Hernando lleva a cabo denodadamente —«hierbe el afán, el gusto, hierbe la obra—y si no es el descanso, todo sobra»— los preparativos para hacerse a la mar, y es el instante, en fin, en que el gobernador de Cuba, «violento, porque estaba apasionado», revoca el nombramiento de Cortés. Pero éste sale con su armada. ¿Ha habido desobediencia a Velázquez?

Pluma afirma que alzado con la Armada,
le niega en este estado la obediencia;
júzguelo la razón, cuando enlazada,
sin queja en ambos, hay correspondencia:
No satisfecha, quede despreciada
su presunción, pues cuando no hay congruencia
se debe recelar borrón sangriento,
si no de la Conquista, del Talento (29).

Vemos, pues, el talento y las cualidades de guerrero y emprendedor del héroe. Ahora, siguiendo el curso de los acontecimientos, la llegada a Cozumel nos va a dar ocasión de mostrar otras dos virtudes de Hernán Cortés: su energía y dotes de mando y su talento político. Es el caso que el navío de Pedro de Alvarado, impelido por los vientos, tocó tierra antes que el de su jefe. La llegada de los españoles pone en fuga a los indígenas, pero aquéllos consiguen hacer varios prisioneros, a los que despojan del oro que llevaban. Llegado Cortés, reprocha a su capitán la imprudencia que había cometido. Pero la acusación está hecha

con un mirar no más, que lo severo
a aquel que de sus frases se halla ducho,
con la acción más pequeña dice mucho (30).

(28) Canto I, oct. 70.
(29) Canto I, oct. 74.
(30) Canto I, oct. 111.

Y junto a la energía, la liberalidad y el talento político:

Suelta a los prisioneros con el Oro,
que trajeron del templo los soldados,
y con esto les crece más decoro,
si hacerlos quiere desinteresados:
Ellos, viendo el amor donde el desdoro
tan poco antes les tuvo derramados,
repiten obsequiosos rendimientos,
y a ver los suyos pártense contentos (31).

Pero las dotes políticas de Cortés están mucho más explícitas e insistentemente repetidas a lo largo del poema, y podemos decir que constituyen —con la religiosidad— la virtud cortesiana más admirada por Ruiz de León. Véase, a este respecto, la actitud de Cortés en Cholula (32) o la entrevista del caudillo con Cacumatzin. Este y Cortés se abrazan; Hernando, «en la acción apura — o gran sagacidad o gran ventura». Y cuando, durante la entrevista, el rey de Tezcuco procura desmentir con sus palabras las sospechas que Cortés pudiera tener respecto a las intenciones de Moctezuma, es en vano,

pues para el oído que les escucha, sobra
lo más del artificio de la obra.

Así Cortés va penetrando la solapada tentativa de los indios:

Bien como sabia Abeja argumentosa,
que al Amaranto liba delicada,
sacando de él aquella sal preciosa,
sin tocar con la Fibra avenenada:
su perspicacia en estas laboriosa
¿qué puede hacer? Lo mismo; porque nada
se ve más fácil en el pecho ajeno,
que es dónde el dulce está, dónde el veneno.

Déjase, pues, prendar del lucimiento
exterior, engañando al aparato,
y en esto sobresale su talento,
pues viste de descuidos al conato:
Nadie, sino él, chupó a la Flor sediento

(31) Canto I, oct. 112.
(32) Canto III, octs. 103-107.

lo que hubo menester, para hacer grato
el Panal que labró su fortaleza
en tan indócil, en tan cruel corteza (33).

Es que el heroísmo tiene «cierta medida» que no puede penetrar la visión del hombre medio y sólo es concedida al héroe. De este modo, Cortés,

como estudioso en ella, manejando
los sucesos que el tiempo va ofreciendo,
se porta con el Rey, quien vacilando
está y le están el interior leyendo (34).

Por eso también procura disipar en sus hombres todo aquello que la admiración de los indios podía haber creado en ellos,

porque no queden con la paz ociosos,
ni estén en su fortuna recelosos (35).

Y anotemos, por último, como prueba de su agudeza política, la fundación del Ayuntamiento de Veracruz y la entrega del mando que Cortés hace en el Municipio:

¿Quién, sino tú, Heroico Hernando, pudo
emprender proeza tal, conseguir tanto?
Bien te puedes gloriar, que diestro, agudo,
triunfos lograste del Gentil, espanto:
Tu perspicacia fué el prudente Escudo
donde Minerva descifró su encanto:
Vive inmortal como precioso ejemplo
en las virtudes, que de ti hacen Templo (36).

Pero en Hernán Cortés se daban también la fortaleza de la heroica virtud y el amor a la fama. Estos sentimientos agitaban la incesante hoguera de sus ímpetus, que no descansaban hasta alcanzar el heroísmo y la gloria. Su noble ambición de adquirir renombre, aun con desprecio de su vida, le hizo labrar «en las cam-

(33) Canto VI, octs. 59-60.
(34) Canto VI, oct. 62.
(35) Canto VI, oct. 62.
(36) Canto II, oct. 93.

pañas propia suerte» y subir hasta el «ápice» de la fama, que es luchar por la ley y por el rey, hasta verter la propia sangre. Este era el norte de Cortés, sabio en medir su fuerza con la altura del asunto a que le empujaban sus hombros y su frente. Y era justo que lo realizara de este modo,

que ánimos de tan alta jerarquía
regulan sus empresas, con la Vara
que eleva a la virtud su simetría (37).

Por último, las relaciones entre Cortés y Narváez enseñan otra virtud fundamental del «Cid extremeño». Es elocuente, en efecto, la enemistad entre ambos hombres, que Ruiz de León explica minuciosamente (38). Hernán Cortés trata de atraerse a Pánfilo de Narváez y éste le desprecia y llama traidor. No se inmuta por eso el conquistador, sino que

...aquel corazón, que entre los sabios
pudo feliz subir a tanta cumbre,
tolera, escucha, mide sus agravios,
al compás de su heroica mansedumbre:
No sólo no se percibió en sus labios
de leve injuria la menor vislumbre;
que al igual de las voces, sus acciones
pagan con honras cuantos son baldones (39).

He aquí, pues, el prodigio,

prodigio propio sólo a los Campeones,
que a la cumbre llegaron del Heroísmo;
¿pues qué no hará Señor de sus acciones,
quien alcanzó victoria de sí mismo?
... ...
... ...
Pues no, no es poco contestar sereno
un discreto con otro caprichudo,
que si no es suyo, nada juzga bueno,
aunque lo mejor sea y más agudo;

(37) Canto VI, oct. 9.
(38) Canto IX, octs. 71-80.
(39) Canto IX, oct. 70.

¡Faltarle la razón al que está lleno
de ella y quedar a un desatino mudo,
querer en su poder el engreimiento
vincular la verdad y entendimiento!

Es hasta donde sube la cordura
y es hasta donde llega la ignorancia;
siendo tan ordinaria su locura,
que lo emprende y lo sigue con jactancia;
Monstruosidad extraña, en que se apura
la prudente modesta tolerancia,
pues no se haya tormento semejante
al del sabio que sufre al ignorante.

Esta es la lección que enseña el roce habido entre Narváez y Cortés: daba éste la última prueba de lo perfecto; aquél, idéntica demostración de lo imprudente.

Ya está así acabado el retrato de Hernán Cortés. No es preciso dar pruebas de su religiosidad, pues haría falta llenar las páginas con todo el poema de Ruiz de León. Y, como vemos, la figura del conquistador se agiganta extraordinariamente. Sus cualidades y virtudes, aunque bien captadas por el poeta, se exageran y aumentan a través de esa lente de la épica y, sin dejar de ser hombre por completo, aparece ante nosotros como un semidios más que como un héroe humano. No en balde conocía el poeta la historia de los mitos y las leyendas griegas. Estas eran su punto de comparación, y Cortés tenía que superar a Alcides y a Heracles.

El concurso de la Academia Española de 1778

En el año 1778 la Real Academia Española de la Lengua convocó un concurso de poesía sobre el tema «Las naves de Cortés destruídas». Optaron al premio 43 poetas, de los cuales faltan dos en el expediente (40) que sobre el dicho concurso se conserva. De estos 43 poemas los académicos admitieron a examen sola-

(40) Véase en la Biblioteca de la R. A. E., con el título «Obras en verso para los premios de 1778». Debo su consulta a la indicación del señor Tudela y a la amabilidad de los bibliotecarios, señores don Bonifacio Chamorro y don Luis García Rives, pues en el expediente no consta signatura.

mente 14, que señalaron con las letras del abecedario desde la A a la N. Todos los demás fueron reprobados sin pasar a ese último examen, y de los admitidos a la prueba final no constan en el legajo el poema C ni el N (41). Así, pues, examinaré por separado cada uno de los 12 poemas, usando la misma nomenclatura que los dieron los académicos.

Sería interesante, desde luego, conocer los nombres de los respectivos autores de estos poemas, pero el Libro de Actas de la Real Academia, al anotar la sesión del martes 18 de agosto de 1778, nos da la fatal noticia: «Se quemaron —dice— todos los pliegos reservados correspondientes a las obras presentadas para los premios de elocuencia y de poesía que no se premiaron.» Quizá no fuera difícil, sin embargo, averiguar los nombres de los poetas, al menos los de los autores de los cantos más estimables, pero renuncio de antemano a esa labor, ya que, además de costosa, de nada sirve para mi estudio.

Y hechas estas advertencias podría ya pasar al análisis de los poemas seleccionados. Pero conviene antes observar que la concreción del tema propuesto por la Academia limitaba obligatoriamente la acción relatada en los poemas y no se puede, por lo tanto, obtener de ellos una visión general de la conquista de Nueva España, ni —a veces— del propio Hernán Cortés.

Paso, pues, a estudiar los poemas seleccionados. Sólo me queda aclarar que el orden en que los coloco está hecho con arreglo al número de votos que cada uno obtuvo, empezando, como es obvio declarar, por el que alcanzó el premio.

El poema L.—Lleva por título *Las naves de Cortés destruídas*, y su autor fué don José María Vaca de Guzmán, doctor en ambos Derechos, del Gremio y Claustro de la Universidad de Alcalá y rector perpetuo del Colegio de Santiago de los Caballeros Manriques de dicha ciudad. Por haber obtenido el premio, fué publicado en Madrid por Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de Su Majestad.

El poema —60 octavas reales— comienza así:

---

(41) Quizá uno de éstos fuera el de don Nicolás Fernández de Moratín, que tampoco figura en el legajo.

Hijos de Palas, ínclitos varones,
imágenes gloriosas de su aliento,
las armas suspended, y las Naciones
oigan la hazaña que cantar intento,
con que a su gente y bravos Campeones
supo empeñar al último ardimiento
el Héroe grande, que enlazó al Hispano
el opulento Imperio Mexicano (42).

Va a cantar, pues, una hazaña tan sólo del héroe, pero la hazaña más grande. Así, después de entonar un canto a España —octavas 3 a 7—, ve como en sueños el poeta a una matrona —América—. Esta le dice que Cortés será el ejemplo de todos los hechos ilustres, pero que no va a presentarle domando las aguas de «la undosa vertiente de Grijalba», ni luchando entre dardos, ni aclamado en Tabasco, ni vencedor de los tlaxcaltecas, ni apresando a Moctezuma o derrotando a Narváez:

Si quieres ver el ánimo valiente,
que tanta gloria a tu Nación ha dado,
prevenido en los riesgos y prudente,
resuelto en las empresas y arrestado,
un General de la española gente,
cuyo valor el mundo ha respetado,
en el grande Cortés lo verás todo,
en el grande Cortés, mas de este modo.

¿Cuál es «este modo»? La diosa América enseña al poeta —sobre un lienzo del templo de la Fama, que es México— el golfo de México, Veracruz, el ejército de Cortés y las naves, destruídas ya. Hernán Cortés está arengando a sus tropas después de la destrucción de su armada, y prediciendo su triunfo. Este es «el modo». «Este es Hernán Cortés, esta es España», termina el poeta.

Como vemos, no hay aquí más que una visión muy rápida de Cortés —el «nuevo Cid» y «español Aquiles»—, cuya figura se centra en la destrucción de los navíos, acción señalada como la fundamental de la conquista por todos los concursantes. Entre éstos, el poema de Vaca de Guzmán es, sin duda, el mejor por su mayor vuelo poético y su carácter más auténticamente épico.

(42) Octava primera.

Poema E (43).—Se compone de 83 octavas y tiene por título *Hernán Cortés echa a pique todas sus naves en las costas de Nueva España.* Basado en un lema de Plinio, comienza el poema relatando el reinado de Moctezuma, a quien la Fama lleva la noticia del desembarco de Cortés en las costas de Veracruz. Tomándole por un Dios, Moctezuma le envía como embajadores a «Tleutillo y Pitalpito», con un valioso presente. De vuelta éstos a México, informan a Moctezuma de su viaje, y por estos informes tenemos noticia de Hernán Cortés, de su nombre y de algunas de sus virtudes:

Dionos Cortés audiencia generoso,
(así se nombre el Héroe); ¡y qué discreto
bajo un aire tranquilo y magestuoso
sabía ocultar un corazón inquieto! (44).

También sabemos, porque el mismo Cortés lo dice a los embajadores, que los españoles no son dioses, pero que, en el conjunto «de lo invicto, lo sabio y castellano», exceden a los dioses aztecas. Y, por último, sabemos asimismo que Cortés es el brazo armado de la Virtud, de la Fe y la Razón:

La Virtud, la Razón, la Fe me han dado
fuerzas para vengar sus santas leyes
de los hombres, los Dioses y los Reyes (45).

Esta es la gran religiosidad de Hernán Cortés, que le impulsa a salvar a las víctimas y derribar los ídolos de Zempoala. Pero no es sólo el conquistador un enviado ni sólo en nombre de Dios debe hablar, por tanto, a los indios. Porque Hernando es también el embajador y el nuncio «del mayor Rey que el orbe ha respetado». Enviado por Dios y por el mayor rey de la tierra. ¿Cómo, pues, luchar contra él? El pontífice azteca lo dice:

Oponed a Cortés y su Conquista
lentitud, fraude, don, encantamiento,
precisión de volver a sus Canoas
y de poner a Oriente ya las proas (46).

---

(43) Véase el apéndice, donde doy su texto íntegro.
(44) Octava 21.
(45) Octava 27.
(46) Octava 56.

Es el momento en que la Discordia «vil e insana» entra en escena con su cortejo de desconfianza y desaliento, que consigue hacer brotar en los soldados de Cortés y en el corazón de Diego Velázquez —«hombre austero»—. No obstante,

a pesar de este pérfido misterio
el caudillo, con flema y dulce calma,
trataba en dar a España un nuevo Imperio,
al Evangelio más frondosa palma;
añadir a la tierra otro hemisferio,
infundir en los Indios mejor alma,
y a fuerza de virtudes y Conquistas
de Antípodas *triunfar y* Antagonistas (47).

Y como prueba clara y definitiva de su resolución, el caudillo castellano ordena echar a pique la flota y quemar al mismo tiempo los navíos. Ved a Hernán Cortés —¡oh imaginación!—, con una tea encendida en la mano derecha, pegando fuego él mismo a la armada, seguido por sus hombres en la labor incendiaria y destructora. Se ha consumado así la acción «más sublime», mientras la idolatría, dando un horrísono grito, «cancerada en su celo», huye hacia el norte.

Poema M.—Ese deseo de razonar todo, que he señalado antes en el siglo XVIII, queda plasmado en este poema en dos lugares importantes. En primer término, en el título, cuya longitud está indicando la preocupación del poeta porque todo quede claro: *Canto en octavas, cuyo objeto será la resolución que tomó Hernán Cortés de echar a pique todas las naves en que él y su gente habían llegado a las costas de Nueva España.* Después, también se observa esa preocupación en el prólogo en prosa que precede al canto y en el que, copiando un trozo del capítulo IX de la *Poética* de Aristóteles, explica el autor las diferencias entre historiador y poeta, sus quehaceres distintos y, teniendo en cuenta los preceptos aristotélicos, la disposición que ha dado a su «fábula».

Pero no interesa anotar aquí más caracteres que los referentes al héroe de la conquista. En este sentido, hemos de anotar dos virtudes fundamentales que se desprenden de la lectura del poema: prudencia y religiosidad. Entre versos malos e imágenes carentes

(47) Octava 64.

de fantasía y valor poético son estas dos las únicas notas aplicables al héroe. Sin embargo, hemos de consignar también una novedad importante que aporta este poema en cuanto a la presentación de Hernán Cortés.

Hasta ahora, los poemas analizados nos han dado una visión poco humana de Cortés. Nos han presentado al hombre, sí, pero un hombre casi divinizado. En cambio, aquí vamos a ver al hombre con pasiones también, no sólo con virtudes. Cortés ha estado explicando al cacique de Zempoala cómo él va a extender la verdadera religión, y el indio, escuchadas las excelencias de aquella religión nueva, pide insistentemente al conquistador que suprima los fieros sacrificios humanos y las atrocidades de su culto salvaje. Y Cortés, oyendo al indio, «se enternecía» y, además, «en lágrimas sus ojos arrasaba» y tenía que hablar al cacique entre «heroicos sollozos que ocultaba». El semidios de Ruiz de León se ha humanizado, se ha vestido más con la carne de los mortales, carne azotada por emociones y angustias. Se ha dado un paso hacia el Romanticismo.

Poema B.—En realidad, este poema no presenta nada nuevo sobre lo que ya hemos visto, por lo que respecta a estilo y lenguaje, salvo el hecho de ser éstos pobres e incluso poco poéticos en muchas ocasiones. Pero trae, en cambio, la novedad de ser su autor una mujer, y una mujer extremeña. Este dato de la naturaleza de la autora no es superfluo, en contra de lo que a primera vista pudiera parecer. Porque, precisamente, a esto se debe el que nos deje una visión más íntima, más personal e incluso más castiza de Hernán Cortés. Así, la autora hace un poco suya la empresa cortesiana. No deja por eso de apellidar al héroe usando los mismos adjetivos —«héroe mayor», «moderno Marte»— que hemos visto en todos los poemas, pero imprime a sus palabras un tono de mayor familiaridad, ese tono que sólo se emplea con los *paisanos*, con los del mismo pueblo:

Cortés: tú distes a tu ilustre cuna
nuevos blasones, timbres y Corona,
haciendo memorable tu fortuna
el honor, que tu mérito eslabona:
no tuvo tu valor Persona alguna,
como la fama pública pregona;

pues si hay en las historias quien te imita,
no se llega a encontrar quien te compita (48).

La octava ha logrado salir a luz. Ha salido floja, prosaica, antipoética si se quiere. Pero va en ella más afecto, más sinceridad y más convicción en lo que en ella se dice, que en las octavas que hemos visto hasta ahora. Su misma sencillez de expresión lo dice. Y la autora lo sabía antes de empezar a escribir:

Anima sacro Apolo el débil sexo
para que cante el Varonil esfuerzo
que más cabe en mi afecto que en mi pluma

nos había dicho en el lema de su canto. Y después repite esta idea: «como extremeña quiero hablarte — de gloria en que yo tengo tanta parte». No esperemos, pues, que hable como poeta, sino simplemente como extremeña, que es un vínculo de unión más fuerte que el lazo poético. Por eso, cuando termina su canto, se despide Cortés del mismo modo que le hubiera despedido en la plaza de Medellín, después de una parrafada bajo los porches:

Adiós, Hernán Cortés; adiós Paisano
y perdona no pueda en este día
en un estilo menos tosco y llano
pintar tu hazaña, que lo fuera mía (49).

¿No es esto una caricia de intimidad? Cortés es valiente, es heroico, es «moderno Marte». Su gesta supera a la de «Ciros, Alejandros, Escipiones». Pero Cortés es también un lugareño, hidalgo pobre de Medellín, que va a las Indias en busca de fortuna. Ha vuelto con ella. Pero sus conterráneos se siguen entendiendo llamándole «Hernandico».

Poemas G, A, D, F, Y, J y K.—Ninguno de estos siete poemas se sale de la línea general. Sus versos son deficientes; las metáforas e imágenes, cuando se emplean, son las mismas que ya hemos analizado anteriormente. Todos acuden a la mitología y a la historia antigua para comparar, destacándolas sobre las de aque-

(48) Octava 5.
(49) Octava 46.

llos héroes, la gesta y la figura de Hernán Cortés. La Discordia, la Desconfianza, Luzbel, son en todos estos poemas los promotores y causantes de la resolución del conquistador. En unos será echar a pique las naves; en otros, barrenarlas; quemarlas, en los restantes. Pero, en todo caso, siempre hay seres abstractos de por medio, y siempre esta acción es la más gloriosa del conquistador de Nueva España.

Poema H.—Aunque tampoco este poema nos da una visión especial de Hernán Cortés, lo he separado de los demás por un motivo de curiosidad puramente literario, interesante quizá para el estudio de la poesía española del siglo XVIII.

Precede al poema un «Argumento e idea de la obra», titulado «Las Naves» y escrito en prosa, en que el autor expone, en primer lugar, sus dudas sobre si componer un «Panegírico a imitación del de Tibulo en honor de Mesala» o un «canto épico breve». Decidido, por fin, por el canto épico —aunque «cercenando mucho que nos ocurría que añadir sobre los juegos, religión, milicia y gobierno de los indios»—, explica el autor el argumento de su poema, del cual interesa decir que a doña Marina se le atribuye un supuesto hermano, mediante el que la india tiene conocimiento del verdadero estado de México y puede por ello comunicar a Cortés las noticias verdaderas sobre la situación y propósitos de los indígenas.

También es interesante fijarse —como posible precedente del romanticismo— en los amores de Cortés y doña Marina. El conquistador estaba «apasionado» por la india. Cuando ésta le da cuenta de las noticias que ha sabido por su imaginario hermano, vemos a Cortés triste de amor y lleno de ternura. Doña Marina, interpretando como desmayo la tristeza amorosa de Cortés, prepara a éste un chocolate, y con este motivo le cuenta la historia del alimento. La «naturalidad y dulzura» de la india acaban «sin querer» de «rendir» el corazón de Cortés. Pero estos amores —explica el autor— «se mezclan ya por ser verdaderos, ya por dar más color al nuevo enredo que mueve Cozumel». Y también —podemos pensar— porque se preludiaba ya lo romántico.

Pero, ¿quién es Cozumel? Comuzel es un dios azteca que, para vengar la destrucción del reino, se aparece una noche a Mota —capitán de Cortés— y le induce a sublevar a los españoles para

volver a España. Descubierta y castigada la conspiración y sosegados ya los ánimos, vuelve a recrudecerse la revuelta cuando los enviados de Moctezuma declaran la guerra. Cortés estaba entonces en Zempoala, donde llega a su conocimiento la nueva conmoción. Sus amigos le aconsejan la retirada, pero él acude a la Virgen, quien le anima en sueños, «sin que esta máquina —se apresura el poeta a declarar—, como advierte Luzán y enseña la práctica de Homero y Virgilio, perjudique a la acción épica». Nada más despertar, el conquistador piensa «quemar su armada», y así lo ejecuta la misma noche.

El poema, como vemos, no difiere mucho —salvo en la importancia que concede a los amores de Cortés y doña Marina— de los que ya hemos examinado. Ahora bien, este canto épico ofrece la curiosidad de mostrarnos su autor las fuentes que ha utilizado. «En la invención —nos dice— hemos seguido a Homero y Virgilio, y de los modernos al Taso, Ariosto y Camoens, pues nosotros carecemos de un Epico perfecto, u a lo menos no ha llegado a mi noticia, pues en la Araucana no hallo más que una historia, y en la Jerusalén (50) muchas impropiedades en los caracteres y, si se me permite decirlo, mal castellano, sino por otra razón, a lo menos por la más poderosa, que es no ser gran parte de él inteligible de las 20 a las 19 partes de los españoles.»

Los poemas reprobados.—Pensé en un principio, antes de estudiar estos poemas, que en ellos encontraría, ampliamente desarrollado, algo que no había hallado antes más que en el canto B. Es decir, la verdadera visión popular del conquistador de Nueva España. Y no era inverosímil mi pensamiento, pues se trataba de analizar los peores poemas presentados al concurso y, por lo tanto, los que debieron de ser escritos por las personas menos cultas. Sin embargo, debo reconocer mi equivocación. Los versos son pésimos, en efecto, pero pretenden ser buenos y, por consiguiente, lo único que presentan es un panorama de lamentables composiciones, inundadas de arengas, discursos, personajes abstractos y dioses griegos, entre los cuales pasa Hernán Cortés como un «Marte español», «Numa extremeño», «Nuevo Alcidamante» o «David segundo», pero cargado, en todo caso, de religiosidad.

(50) Se refiere a la *Jerusalén* de Lope de Vega.

Merecen, no obstante, dos de los poemas de este grupo el honor de una cita especial. Uno de ellos está escrito en forma dialogada y se titula así: «Disertacion Dialogistica Historica, en q^e Neptuno, Sañolpe y Groenartes disertan sobre la Heroycidad inponderable de el grande Hernán Cortés, honor de su Patria y asombro de el Orbe, en el portentoso hecho de haber hechado a pique el Bagel, o Bageles en q^e aportó a la nueva España». El otro tuvo la virtud de causar la indignación de los académicos, quienes firmaron al margen la siguiente nota: «Visto y reprobado por indigno y ridículo.» Por su curiosidad, doy su texto íntegro. Dice así:

Cantata ocho octavas, en elogio del Insigne d^n Hernán Cortés, sobre la valerosa resolución tuvo, de hechar a pique las Naves, con q^e él, y su Gente havian llegado a las costas de la Nueva España.

1.

Cortés español fino,
Diamantino:
Lo que has proferido,
Gran General:
Esto de hechar a pique
Los Barcos con q^e havéis llegado
A nueva España
Es Marcial.

2.

Este Pensamiento havido,
De Marte te ha venido;
Es eroíno
Y sin igual:
Lo es en tal manera
Que no se espera
En esta, ni en otra Hera
Successo tal.

3.

Regla es bien sabida,
Mui prevenida,
Y mui adverttida,
Al General:
Prevenir retirada,
Antemural, o Casa,
Por si el successo,
Venía mal.

4.

Pero nuestro Genuíno,
Tan Peregrino,
En obrar fino
Fué tan Real:
Que como valeroso,
Mui animoso,
Su excepción
Halló a la tal.

5.

Los Indios a millones,
Mui valentones,
Mui hechos a la Guerra,
De su Real:
Tan dilatado Imperio,
Su Rey tan serio,
Hombre saturno,
Y criminal.

6.

Reyno tan dilatado,
Tan apartado,
Con tanta Gente,
Tan animal:

Tan hecha a la Guerra,
Toda la tierra;
Crueles en su modo
y bestial.

7.

Ganarle,
Cautivarle,
Y Conquistarle,
Con auge tal:
Fué hecho genuíno,
Tan peregrino,
Que no hay otro,
Que sea igual.

8.

Meterse en su Ceno
Con tal empeño,
Sin querer Barco
De la Naval:
Fué hecho prodigioso
Tan valeroso
Que tanta empresa
No tiene igual.

EL CANTO ÉPICO DE DON NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Don Nicolás Fernández de Moratín concurrió al certamen de la Academia con un poema titulado *Las naves de Cortés destruídas* (51), que no obtuvo premio alguno (52). Y no extraña la desestimación que la Academia hizo al poema, si se tiene en cuenta que es muy flojo y, por otra parte, que el autor debía de haber incurrido en el enojo de los académicos por los ataques que había dirigido a la Corporación. Sea esto como sea, lo cierto es que la composición moratiniana no mereció el premio, sencillamente por no ser mejor que la de Vaca de Guzmán.

Pero, en todo caso, lo que aquí importa es extraer del poema la figura de Cortés. Diré antes, sin embargo, algo del argumento del canto, que tiene principio, en Veracruz, con la descripción del ejército de Cortés. En ello está el poeta cuando aparece el conquistador a caballo. Todo es «aspecto real y señorío», ostentación de «valor» y «nobleza», «gentileza» y «heroicidad» e invocaciones a Clío. Hernán Cortés habla a su gente y pide un voluntario para llevar un mensaje y presentes al rey de España. Se ofrecen Montejo y Portocarrero para el servicio y salen al mar. Es entonces

(51) Véase «Obras de don Nicolás y don Leandro Fernández de Moratín», B. A. E., II, Madrid, Edit. Atlas, 1944, págs. 39-44. El canto de Moratín fué editado primero en 1785 y después en 1821.

(52) Véase «Obras», en B. A. E., II, pág. 39. Hurtado y G. Palencia dicen, sin embargo (*Historia de la Literatura española*, Madrid, 1932, pág. 783), que obtuvo el accésit.

cuando aparece el espíritu del mal, que promueve la discordia y organiza el motín, inyectando en el ánimo de los soldados un temor nutrido de preguntas que hace estallar la rebelión:

Como cuando la octava maravilla
del grande Escorial tan celebrado
se mueve el coro donde el arte brilla
al furioso huracán desenfrenado:
tiembla en panteón, la altísima capilla
y estupendo cimborio agigantado,
por los claustros bramando el aire zumba,
y el pórtico magnífico retumba;

así la zuiza militar en tierra,
y a bordo la marítima zaloma
se escucha con motín y civil guerra,
y oculta rebelión el rostro asoma.

Hernán Cortés tiene que recorrer las filas arengando a sus tropas, pero los «noveles» piden insistentemente el regreso a Cuba, provocando la ira del conquistador, que embiste con su lanza a la nao capitana y —¡oh milagro de la poesía!— la cruza «de una a otra banda». Así se hunde la nave y «a pique va sin tempestad la armada», porque los españoles, incitados con el ejemplo de su jefe, «dan barreno a los buques ancorados», mientras por el cielo baja una paloma sobre los pabellones y enfila su vuelo hacia México, vistiendo todo el aire en purísima luz.

La «fábula», como se ve, no presenta nada superior a los demás poemas. No falta tampoco en el canto alguna invocación a las musas, pero no abundan, en cambio, las citas clásicas. Ahora bien, ¿cómo se presenta a Hernán Cortés?

Ricas armas de esmero y maestría,
listadas de oro puro centelleantes,
con pernos de preciosa pedrería,
hebillas y chatones de diamantes,
gorjal labrado, en cuyo canto había
de perlas y crisólitos pinjantes,
cegando como el sol, a quien parece,
el arnés con que armado resplandece.

Todo es magnificencia, brillo, piedras preciosas, oro. La celada deslumbra «cual fúlgido cristal resplandeciente», el brazal saca

rayos y el escudo, de puro brillo, parece un diamante. Es el jefe, el héroe. Pero el héroe monta a caballo, y el noble bruto ostenta también igual riqueza que el jinete:

Era alazán tostado, corpulento,
de ardiente vista y con feroz ultraje
bate el suelo mirándose opulento
con tan precioso y bárbaro equipaje:
De ormesí recamado el paramento,
de seda y oro y borlas el rendaje,
de bronces entallados la estribera,
zafiros y balajes la testera.

De este modo recorre Cortés los escuadrones de su ejército,

con vivos ojos, plácido semblante,
siendo por ademán y por acciones
a cosa más que humana semejante.

También nos dirá que era valeroso —«en cuyo corazón se encierra valor»— y capaz de fiereza y de infundir terror en su gente. Y esto es todo lo que nos dice don Nicolás Fernández de Moratín sobre Hernán Cortés. Idea pálida, producida quizá por el deslumbramiento de tanta brillantez y tanta piedra preciosa.

«México conquistada», de Juan de Escoiquiz

Estamos ya en los últimos días del siglo XVIII. Es el año 1798 cuando aparece este gran poema de Escoiquiz (53), escrito con objeto de «realzar las hazañas inauditas de los Españoles en la conquista del Imperio Mexicano y las felicidades que a los habitantes de éste se les han seguido desde la época de su reunión a la Corona de España» (54). El tema es, por tanto, «el más grande, el más maravilloso, el más noble que quizás hayan visto los siglos. Dejando a un lado la pasión nacional, si se examinan la

(53) Escoiquiz, Juan de: *México conquistada. Poema heroico.* Madrid, en la Imprenta Real, año de 1798, 3 vols. Uso el ejemplar de la B. N. de Madrid, signatura 3/47025-27.

(54) Escoiquiz: Obra cit., Dedicatoria al Rey N. S.

poca gente que llevó Cortés, las dificultades de la empresa, los riesgos, los trabajos que la añadió la envidia de Velázquez, los lances impensados, las increíbles hazañas que la acompañaron, el valor, la prudencia, la política que fueron necesarias para acabarla, se puede asegurar que no se hallará otra más gloriosa en los anales del género humano». Claro que «bien es verdad que en casi todas nuestras empresas de América han ocurrido semejantes dificultades», pero «ni ha sido en el grado que en esta, ni se han vencido con la misma magnanimidad y brillantez» (55).

Así, pues, se nos presenta el tema, por de pronto, como la acción más grande de la historia humana. ¿Está el poema a esta altura con relación al tema? Escoiquiz divide su obra en 26 cantos, cada uno de los cuales se compone de un número variable de octavas reales, desde 85, que tiene el canto XIX, hasta 145, que tienen los cantos XXIII y XXV, sumando un total de 3.088 octavas reales. El poema está concebido, por consiguiente, con mayor amplitud que la *Hernandía*, pero, igual que en éste, a cada canto de *México conquistada* precede una octava en que se expone el «argumento» respectivo. Por último, anotaré que al final de cada tomo hay un «Indice de las cosas más notables» contenidas en cada uno de los volúmenes.

No juzgo necesario relatar el argumento del poema. Con pocas variaciones, siguiendo a Solís, pero citando también en una ocasión a Bernal Díaz, viene a contener el poema de Escoiquiz aproximadamente lo mismo que el de Ruiz de León, claro que contando las cosas con mayor detenimiento, haciendo quizá más largos los grandes párrafos que pone en boca de los personajes o extendiéndose exageradamente en las descripciones, según podemos ver en la que hace del palacio de Moctezuma. Intervienen asimismo en las acción los seres abstractos —Discordia, Desconfianza, Espíritu del mal— que ya hemos visto, y otros, como la Envidia —que habita en una gruta situada en el centro del Sáhara (56)—, el Cuidado, la Negligencia, la Pereza, la Desidia, las Horas, que juegan en el poema papeles no secundarios. Estimo innecesario decir que las citas clásicas —Homero, guerras de Troya, Aquiles, Rómulo,

(55) Obra cit., prólogo, pág. VI.

(56) *México conquistada*, canto V, octs. 33-35.

Roma, Alecto, Megera, etc.— saltan a la vista en cada octava, casi en cada verso, y que todo el poema está sembrado de sueños y alegorías (57), en las que intervienen, además de los personajes citados, arcángeles y santos del cielo, como San Miguel, que ayuda a los españoles en la «Noche Triste» haciendo que llegue la mañana (58). Es curioso, por último, citar también la descripción que hace del incendio de las naves:

Suben al cielo nubes tenebrosas
de humo denso. Las llamas elevadas
sobre los buques forman espantosas
pirámides, rechinan abrasadas
las maderas; la brea en luminosas
corrientes se derrite, que mezcladas
con las ondas del mar, causan horrendo
hervor, su claridad ennegreciendo (59).

El lenguaje del poema está, en general, en correspondencia con las diversas acciones que el poeta va relatando. Entre las metáforas e imágenes —anoto, de paso, que abusa de las comparaciones (60)— hay también pasajes líricos en los que el autor muestra la impersonalidad de todos los poetas dieciochescos. Veamos un ejemplo: Alvarado, para comunicar a Cortés la noticia de la sublevación de México, envía un hombre a su jefe. Cuando el mensajero va,

llegó rendido a un valle deleitoso
que entre ásperos collados dilataba
su longitud, abriéndole camino
un rápido arroyuelo cristalino.

Su onda pura con plácido murmullo,
ya entre las limpias piedras resbalando,

---

(57) Véase, por ejemplo, canto XI, octs. 6 y sigtes., y canto XII, sobre Narváez.

(58) Canto XVII, octs. 101-106.

(59) Canto VII, oct. 41.

(60) Véase canto III, octs. 51, 63, 87; IV, 38, 63, 66, 72, 75; VII, 33, 61; X, 18, 71, 91; XIII, 91; XIV, 3, 19, 21, 29, 42; XV, 87; XVI, 15, 55, 57, 80, 87, 94, 109, 111, 116, 118, 123, 126, 130; XVII, 59, 64, 80, 102, 105; XVIII, 70, 76, 79, 90, 106, 132; XIX, 118, etc. Es de notar que abundan las comparaciones en que uno de los términos son toros: «como se ve en el circo un toro fiero», etc.

responde de la tórtola al arrullo,
ya en un antiguo tronco tropezando,
se irrita al parecer, de que a su orgullo
se oponga aquel estorbo, y reiterando
sus esfuerzos en vano, al fin cansada
tuerce espumosa la vereda usada.

La fresca y tierna yerba, los olores
que toda su extensión embalsamaban,
de mil hermosas y variadas flores,
los dulces cantos con que celebraban
los simples pajarillos sus amores,
y el sol alto y ardiente, convidaban
a descansar sobre la verde alfombra
de espesos tilos a la opaca sombra (61).

Está situado, por tanto, el poema de Escoiquiz dentro de la línea general de la poesía épica del XVIII, aunque, por su extensión y calidad poética, aventaje a los que hemos visto optando al premio de la Academia. Está escrito también con más ambiciosas pretensiones que el de Francisco Ruiz de León, al que quizá supere, ya que no en belleza, en el planteamiento y visión de la conquista. Ahora bien, ¿qué versión de Hernán Cortés ofrece el poema *México conquistada?*

Las armas canto y el varón Hispano,
que de su edad en el verdor primero,
venciendo de la envidia el odio insano,
con la prudencia y el valor guerrero
conquistó el vasto Imperio Mexicano
de manos de un Monarca astuto y fiero,
rindiendo con pequeños escuadrones
muchedumbre de bárbaras naciones.

De este modo inicia Juan de Escoiquiz su poema. Como Ruiz de León lo hiciera (62), Escoiquiz va a cantar también «las armas». Así, el primer aspecto que hemos de ver en el conquistador será su personalidad de un hombre de guerra. Es, ante todo, Her-

(61) Canto XIV, octs. 81-83.

(62) Véase, por otra parte, la semejanza del primer verso de Escoiquiz con el primero de la *Hernandía*. Como hemos visto, Ruiz de León empezaba así: «Las Armas canto y el varón glorioso».

nán Cortés un guerrero ejemplar y superdotado, cuya primera virtud, por lo tanto, no puede ser otra que el valor, la valentía. Y esta primera virtud es tan alta en él, que le hace semejante a un dios:

Su mismo jefe, Hernán Cortés llamado,
cuyo fatal valor nos intimida,
es sí el hombre más fiero que ha pisado
nuestras regiones, y en su edad florida
de un juicio superior está dotado,
lo que basta a la plebe inadvertida,
para juzgarlo un Dios, más no es dudable,
que es un mortal como ellos miserable.

He aquí el informe que Teutile, el primer enviado de Moctezuma, da a su rey sobre el caudillo castellano. Valor, juicio, dios... es la sublimación del guerrero. Por eso, cuando Cortés revista a su ejército al salir de Tlaxcala para ir a Cholula, tenía que hacer su aparición como un hombre de armas:

Cortés detrás montado en un ardiente
caballo de color castaño oscuro
con cabos negros y estrellada frente,
oprimiendo venía el suelo duro.
Todo armado de acero reluciente,
de púrpura vestido y de oro puro,
descubierto el semblante majestuoso,
representaba a Marte belicoso (63).

Sí, hay un eco de Moratín en esta pintura. Pero no día ser de otra manera. El varón de armas, el «Marte belicoso», tenía que ser por fuerza caballero, y no hay caballero sin caballo o sin armas, y armas brillantes, de oro precisamente.

No es, por tanto, hiperbólico, sino exacto y justamente elogioso el saludo con que Cacumatzín recibe a Cortés:

No ha ponderado la parlera fama
tus prendas. Ese majestuoso y fiero
porte, en que brilla del valor la llama,
es suficiente para que un guerrero
como yo, a quien el mismo ardor inflama,

(63) Canto II, oct. 56.

sin temor de pasar por lisonjero,
reconozca y alabe llanamente
una verdad que ve palpablemente (64).

De aquí que el conquistador sea «formidable en la guerra» y de aquí el que en el combate de Cholula

Cortés, blandiendo la espantosa lanza
de la bárbara sangre ya teñida,
el primero entre todos se abalanza
a rienda suelta contra aquella unida
escuadra, que cediendo a su pujanza
abre espaciosa senda... (65).

y por eso también, en otra ocasión,

Cual un incendio rápido devora
una ciudad inmensa, dilatando
sin término su llama destruidora,
las torres y las casas asolando,
hasta que totalmente es ya señora
de su vasto recinto. Tal Hernando
corre, abate, destroza los guerreros,
todo lo arrasa con sus golpes fieros (66),

Pero obsérvese que la idea del valor de Cortés está unida en Escoiquiz con la idea de la juventud del héroe. Ya hemos visto antes que el poeta ha aludido a la «edad florida», al «verdor primero», en que está la vida del caudillo. Pues bien, la unión de estas dos ideas es constante en el poema. Acabamos de comprobarlo, pero aún lo repetirá el poeta en varias ocasiones, como si un secreto gozo se apoderase de su alma al repetirlo. Y hasta quizá en sus entresijos pensara Escoiquiz que estas dos cualidades de Cortés —juventud y valor— habían determinado a Velázquez a escogerle para la empresa. Así, al menos nos lo dice el poeta:

A la embajada destinó y al mando
a Hernán Cortés en Medellín nacido,

(64) Canto VII, oct. 62.
(65) Canto IV, oct. 45.
(66) Canto XVI, oct. 123.

nobilísimo joven, que dejando
a España por la gloria conducido,
allí las fieras armas manejando,
aplauso tal había conseguido,
que a Aquiles en el ánimo y presencia,
y a Néstor lo igualaban en prudencia (67).

No eran éstas, sin embargo, las únicas virtudes de Hernán Cortés. Por de pronto, y derivada precisamente de estas dos, se daba en Cortés la cualidad de ser amable y amado: la poderosa atracción que ejercía sobre su gente.

Su augusta gravedad en la florida
edad, que a cuarenta años no llegaba,
a una afabilidad amable unida,
la robustez airosa que indicaba
su fuerza y su valor, embebecida
tenían a la gente que estorbaba
su marcha, amontonándose a mirarle,
de más cerca anhelando examinarle (68).

Ya *Elecho*, el traidor que, después de fugarse de México, se presenta ante Velázquez en Cuba, habíase dado cuenta de esta virtud de su jefe. Por eso —le dice al gobernador—, harían falta una poderosa escuadra y un fuerte ejército si se quería lograr el regreso del héroe, pues no de otra manera, sino con las armas, se podría conseguir humillarle.

Pero tampoco era esto sólo:

A estas prendas juntaba un generoso
corazón, incapaz de otra codicia
que de gloria y un ánimo piadoso,
que moderaba siempre su justicia.
Sobre esto el trato franco y cariñoso
de sus súbditos era la delicia,
pero sin incurrir en la bajeza,
su autoridad guardando con firmeza (69).

---

(67) Canto V, oct. 11.
(68) Canto II, oct. 57.
(69) Canto V, oct. 12.

Porque, además de «formidable en la guerra», era Cortés «moderado en la paz» y «padre cariñoso».

protector del virtuoso y desvalido,
y terror del malvado fementido (70).

Ya está completo el retrato. Hernán Cortés es un caballero valeroso, anclado al verdor maduro de su no cumplida cuarentena, lleno de atractivo y de generosidad. ¿Y no se advierte aquí, incluso en las últimas palabras, un eco claro de los caballeros medievales? Nadie se asombre: estamos a la orilla misma del Romanticismo.

El siglo XIX

Si al fijar el carácter de la poesía dieciochesca he dicho que serían suficientes un par de párrafos, podría afirmar ahora, de un modo muy simplista, que para sintetizar el aspecto literario del siglo XIX basta sólo una frase. En este sentido, diría que el siglo XIX viene a ser lo contrario de lo que fué el XVIII. Frente a la norma, la libertad; frente al clasicismo, esa vuelta a lo barroco que es el romanticismo; frente al predominio de la razón, el predominio del sentimiento. «El Romanticismo —ha escrito Díaz Plaja (71)— es el derecho a lo plural, a lo relativo, a lo pasajero; es, por tanto, una crisis de la clasicidad». En poesía, esta crisis es el cambio de la *imitación* por la *inspiración*. No basta ya con hacer versos perfectos, a la medida de ciertas leyes, para ser poeta; es preciso también sentirlos dentro de uno mismo, que vivan en el interior del poeta, que digan algo, sin importar poco ni mucho la manera de decirlo. Es, en definitiva, el triunfo del fondo sobre la forma.

Pero no es mi propósito repetir aquí las ideas generales y conocidas que presiden el movimiento romántico. Sí, en cambio, interesa señalar que con el romanticismo, además de aparecer nuevos versos y formas literarias, tuvieron un resurgimiento es-

---

(70) Canto XIV, oct. 94.
(71) Obra cit., pág. 136.

pecial otros antiguos, pero que habían dejado de usar los poetas casi por completo. Este es el caso del octosílabo y del romance. El fenómeno tiene su aplicación en el caso de la poesía cortesiana. A ningún autor del siglo XVIII le ocurrió, como se ha visto, cantar la gesta de Hernán Cortés en romance. Hubiera sido esto pecado de lesa poesía. Sin embargo, ahora veremos que en el XIX los dos poemas fundamentales que cantan a Cortés están escritos en versos de ocho sílabas y en forma de romance. Pero también, junto a estas formas resucitadas, hemos de ver otras nuevas, e incluso otras —las famosas octavas reales—, predilectas del setecientos, que vuelven a usarse y constituyen un eco imitativo de la época pasada. Así, en este orden sucesivo, aparecen el duque de Rivas, Antonio Hurtado y el poeta andaluz Juan Justiniano y Arribas.

Junto a estos caracteres vamos a ver también otro muy importante para el estudio de la figura literaria de Hernán Cortés. El siglo XIX, etapa en que surge la novela y el drama histórico, es la época en que el artista rehuye la realidad. No se olvide, a este respecto, que el XIX es también el período en que aparece la *leyenda* como forma literaria. Si en el setecientos hemos visto que los poetas seguían, en general, las crónicas, aunque idealizando a los personajes —Cortés en este caso— según el canon de los héroes clásicos, en el siglo XIX veremos cómo se prescinde por completo de la Historia. De este modo, don Angel de Saavedra relatará un episodio de la vida de Cortés con arreglo al dictado de su propia fantasía, y Antonio Hurtado narrará la conquista de México y retratará al conquistador siguiendo el arbitrario cauce de su imaginación y resaltando en el caudillo aquellos rasgos que ofrezcan mayor consonancia con los gustos de la época. Ahora bien, ¿cuáles son, fundamentalmente, estos rasgos? ¿Qué agente principal es el motor de la acción?

He dicho antes que una de las características del romanticismo es el predominio del sentimiento sobre la razón. Ahora bien, parece preciso determinar cuál sea el sentimiento concreto que, entre todos los sentimientos, ejerce esa primordialidad. Son elocuentes, a este respecto, los poemas de la época y, por otra parte, es harto conocido lo que voy a decir. No obstante, no está de más hacer constar que los poemas cortesianos del XIX presentan a Her-

nán Cortés de la misma manera. Cortés es joven. Viste al modo estudiantil —no hay que olvidar que estuvo en Salamanca— o al estilo de los caballeros. Pero, en todo caso, Hernando está en la calle y espera a que la ventana que tiene delante se abra. Detrás de las ventanas —con rejas o sin rejas— va a aparecer la dama de sus pensamientos. Porque Cortés —he aquí su carácter fundamental— está enamorado. Es el amor, por tanto, el sentimiento que domina en la época y lo primero que los poetas van a decirnos de Cortés; e incluso, en algún caso —lo veremos en Antonio Hurtado—, el amor será el resorte que mueva la conquista.

Vamos a entrar, pues, en un mundo amoroso. De ahora en adelante penas, lágrimas, celos, corazones rotos, desengaños, serán nuestro acompañamiento. Veremos a los personajes abrumados por estas cargas pasionales. Y —no es preciso decirlo— la mujer —llámese doña Elvira, si fantástica, o Catalina Juárez o doña Marina—, jugará un papel principalísimo en los acontecimientos. No se olvidará, claro es, el valor del héroe. Tampoco se abandonará por completo la historia. Pero todo, Historia y virtudes personales del héroe, pasarán ante nuestra vista en función de la virtud más alta de todas: el amor. Porque —no se olvide —estamos en el Romanticismo.

El duque de Rivas

He dicho más arriba que en el siglo XIX aparece una forma literaria especial llamada *leyenda*. La *leyenda* puede estar escrita en prosa —como antecedente de la novela histórica— o en verso —como antecedente del drama histórico que creó el Romanticismo. Hubo muchos poetas que cultivaron en el siglo XIX la *leyenda*. En todas las mentes estará Zorrilla, por ejemplo. Pues bien. el duque de Rivas fué también uno de estos creadores de leyendas. En sus *Romances históricos* nos ha dejado una serie de cuadros en que lo histórico y lo legendario se entremezclan. Cipriano de Rivas Cherif, en la Introducción a los *Romances del duque de Rivas*, dice que en ellos se observa, «dentro del ambiente histórico en que se desarrolla la acción», dos tendencias: en una sigue el autor fielmente los textos de crónicas conocidas; en la otra, «dando de lado al rigor histórico, teje en torno a anécdotas pin-

torescas, relatos llenos de la luz, el movimiento y la fuerza de la realidad» (72).

En esta última tendencia está incluído el romance *La buenaventura*, en el cual aparece el conquistador de México. En el romance del duque de Rivas, Cortés es un «noble joven gallardo» que, vestido como los escolares de su tiempo (73), con espada al cinto y un laúd en las manos, está esperando a que abra su ventana la dama de sus pensamientos. Mientras espera, su imaginación vuela por el inmenso campo de la fantasía, viendo

de Salamanca las ciencias,
los doctores y los ergos
que atrás deja, ve delante,
y su pobre hogar a un tiempo.

Y velos campos de Italia,
aunque nunca estuvo en ellos,
más a do quiere ausentarse,
de ambición de gloria lleno;

y ya se juzga soldado,
y ya se halla en los encuentros,
y mira reyes cautivos,
y ve ejércitos deshechos;

y naciones conquistadas,
y a sus pies tronos y cetros,
montes de oro y de laureles,
anchos mares, mundos nuevos:

y todo lo ve, que todo
cuanto abarca el pensamiento
lo ven, y lo ven palpable
las almas de privilegio.

---

(72) Duque de Rivas: Romances, col. Clásicos castellanos. Madrid, ediciones «La Lectura», 1912, t. I, pág. 19 y nota 3 de dicha página.

(73) El romance «La Buenaventura», en Duque de Rivas: *Romances*, cit., II, págs. 211-235.

Respecto al traje de Hernán Cortés, dice:

Ropón y loba vestía
el uno y el otro negros,
traje propio de que usaban
escolares de aquel tiempo.

Todo esto sueña y apetece el joven Hernando para ofrecerlo a su dama, doña Elvira, y poder unirse a ella, pues entonces —«pobre, aunque caballero»— no puede ofrecerle más que amor. Así, Cortés se despide de su dama y le promete volver hacendado y rico.

Pero a doña Elvira la pretende también un caballero viejo, cuyas riquezas inclinan hacia él al padre de la doncella. Y esa noche de la despedida, cuando Hernando y doña Elvira están en amoroso diálogo, aparece el rival del joven Cortés. No puede haber otra solución: la dama se retira, Hernando se encara con el viejo, luchan, y éste cae atravesado por la espada de Cortés. Ya tenemos aquí el motivo por el cual el futuro conquistador irá a las Indias.

Y va a las Indias. Ahora está Hernán Cortés en Sevilla para embarcarse. Su padre, que ha acudido a despedirle, le da muy prudentes y acertados consejos, en los que podemos ver algunos rasgos de la personalidad futura del conquistador: temeroso de Dios, leal al rey, devoto y guerrero, sufrido en los trabajos y moderado en la ventura, y si llegase a obtener mando,

manda con moderación
pero sólo, y con tesón
hasta obedecer, Hernando,
que al que manda descortés
o por ajena influencia,
o no exige la obediencia,
para el mando inútil es.

Falta sólo ya la visión del héroe en su grandeza y en su muerte. Esta es, precisamente, la *buenaventura* que una vieja le dice, profetizándole sus triunfos (74) y su vuelta a la Patria donde,

(74) Emperadores y reyes
te doblarán la rodilla
Cual prodigios, cual portentos
verá el mundo tus conquistas.
Tu huella hundirá naciones,
las más guerreras y ricas,
como del pastor la huella
hunde vivares de hormigas.

como el cadáver del sol entre una nube, su cuerpo será llevado al sepulcro. Este fué Hernán Cortés. Su nombre está diciendo todo: sus hazañas, su genial conquista y, vuelta a España —no olvidemos el Romanticismo— la ingratitud del rey destrozando su corazón con las «persecuciones».

El Romancero de Antonio Hurtado

Los veintinueve romances que componen el *Romancero de Hernán Cortés*, de Antonio Hurtado, exponen, en película poética que conserva muchos ecos de las leyendas de Zorrilla, la conquista de México y la vida de Hernán Cortés a partir del momento en que éste vive ya en Santiago de Cuba. La fecha en que se publicó este Romancero —1847, según Hurtado y G. Palencia— me hace pensar que, quizá, fuera una obra de centenario. En todo caso, es digno de interés analizar este poema, para ver la interpretación romántica del conquistador de Nueva España.

Santiago de Cuba. Bajo la noche llena de lluvia, un hombre espera a una dama. Es «la cita». La dama no acudirá a ella y «el mancebo» se irá, después de esperar impacientemente durante dos horas. Es sintomático este principio. Lo mismo que el final: la boda de Cortés con Catalina Juárez. Estamos en el romanticismo y todo ha de ser movido por el amor. Por eso, cuando Cortés —el «mancebo» de la cita— vuelve desesperado y encuentra en su camino a Diego Velázquez, éste le dirá que su dama iba a casarse al día siguiente. Con el amor, los celos. Y para calmar la herida «no hay cosa como la ausencia.» ¿Por qué no iba Cortés al continente a hacer grandes conquistas y poblaciones? La sugerencia de Velázquez no podía ser más artera: alejaría a su rival y se casaría con Catalina.

Pero lo interesante es notar cómo Cortés sale hacia México movido nada más por el ánimo de poner distancia entre él y su amada esquiva. Ya está en el mar. Los marineros no entonan dulces cantos con el recuerdo de la Patria, pues

que en el puente del navío,
de honda pena lacerado,
está el capitán valiente,

tan galán como bizarro,
triste mirando a la luna,
refugio de desdichados (75).

Es que, por el horizonte, en confuso vuelo, llegan

profundas quejas, lamentos,
húmedo vapor del llanto
de almas por amor deshechas
en imperceptibles átomos;
juramentos no cumplidos,
corazones en pedazos,
falsas y torpes creencias
y nubes de desengaños (76).

He aquí ya la fraseología romántica: quejas, lamentos, llanto, almas, amor, corazones rotos, desengaños... Este equipaje de palabras ha de acompañarnos ya hasta el final; los sentimientos que suponen moverán a los personajes y serán así el aliento vivificador de toda la acción. Cortés está ahora bajo la influencia de una hondísima tristeza. Mas, ¿no pudo engañarle Velázquez?

¡Oh!... terrible pesadilla
que está mi pecho abrumando!...

Entonces aparece junto al conquistador otro personaje muy del gusto romántico: el fraile Juan Díaz, que intenta calmar a Cortés sin conseguirlo. Hay que volver a Cuba. El amor sigue dictando las obras del conquistador. Pero no se irá a Cuba. ¿Qué adelantaría con ver a Catalina «dormida en otro regazo»? El fraile también había sentido amores en su juventud y supo ahogarlos en su pecho. Cortés debería hacer lo mismo. Las palabras del fraile hieren el amor propio de Cortés, que decide ser también dueño de sus pasiones. Desde este momento vuelve el conquistador a estar «erguido, arrogante y bravo», mientras a vela llena

empezó a volar el barco,
que por medio de las olas
va de genios rodeado.

(75) Romance IV.
(76) Romance IV.

La Fortuna le conduce.
La Gloria le va empujando (77).

¿Qué hace durante este tiempo Catalina Juárez? Catalina —el amor que no puede faltar en ninguna leyenda romántica—, en una ventana, sobre la que «su pecho de nieve estriba», con el cabello desordenado, los ojos en el cielo y una mano en la mejilla, llora todo un río de «claras perlas». Su mirada vaga por el hozizonte tras la golondrina de una ilusión que huye silenciosamente. Todo el paisaje, al alba, llora también y el sol se viste un traje de nubes para no ver la tez amarillenta y mustia de la dama. ¿Qué penas inundan el corazón de Catalina? Su madre piensa, se devana los sesos pensando, e incluso da asilo en su mente a terribles ideas. Ha ido muy lejos en sus suposiciones. Pero su hija es pura como una azucena intacta.

¡Ay!... las lágrimas que vierto
madre, no causan mancilla,
que lloro esperanzas muertas
que hace poco estaban vivas (78).

Lejos, cortando el mar, los navíos de Cortés se dirigen a la aventura —¿ventura quizá?— del continente. Al fin, tocan tierra; una isla desierta, cuyo silencio pasma a soldados y capitanes. Pero no hay tiempo para sorpresas. Cortés, al ver la cobardía de sus hombres les impreca. ¿Qué enemigo habían imaginado sus ojos? Si eran cobardes deberían tornar la espalda, porque

para conquistar el mundo
que ante los ojos tenemos,
bástame mi fuerte espada,
sóbrame mi fuerte aliento (79).

Sacudidos por las palabras de Hernán Cortés, sus hombres se aprestan a la lucha. Ya los indígenas habían formado su ejército y avanzaban frente a los españoles como «el cordón de un hormi-

(77) Romance IV.
(78) Romance V.
(79) Romance VII.

guero». Producido el choque, los indios se desbandan, pero el conquistador —«prudente»— impide a los suyos que les persigan. Y así,

al son de marciales trompas
y de roncos atambores,
por Tabasco van entrando
los valientes españoles (80),

mientras los indios salen a recibirles con «recogimiento y orden». Preparan sacrificios en su honor, tomándoles por dioses, pero Cortés, ya dentro del templo, deshace los ídolos y liberta a las presuntas víctimas. Empezaban a irritarse los indígenas ante aquel desacato, pero pronto deponen su furor y, juntos con los españoles, oran ante la cruz que Cortés les presentaba. Al mismo tiempo, en alas de la fama, llegan a México noticias de las victorias del conquistador, y el pueblo, agolpado ante el palacio de Moctezuma, escucha de labios de un mago las negras predicciones con que avisaba la Naturaleza.

Pero también ha llegado a Cuba la fama de Cortés, prendiendo la envidia en el ánimo de Velázquez. Juan Díaz, el fraile que acompaña al conquistador, así se lo advierte a éste, pero Cortés no siente cuidado alguno, pues

nunca a don Diego he jurado
obediencia y homenaje;
sólo al rey lo he prometido
y al rey sólo he de humillarme (81).

El fraile, que al parecer hace el papel de traidor, comunica al gobernador de Cuba la arrogante respuesta de Cortés. Días después se descubre la conspiración que determina el hundimiento de los barcos, cuyos trozos ordena quemar el conquistador. Es interesante anotar, porque da idea de la visión que el poeta tiene de Hernán Cortés, la actitud de éste en aquel momento. Primero, el conquistador impreca a sus soldados; de un tajo siega la cabeza a uno de los cobardes; después

(80) Romance VIII.
(81) Romance X.

¡Fuera esas armas, traidores;
sus, de rodillas, villanos,
o ancha tumba es para todos
el mar en que nos hallamos! (82).

Es decir, Cortés, en contra de lo que sobre él nos dice Bernal Díaz, se irrita e insulta a sus hombres. Sin embargo, era necesaria esta nota para la completa pintura del héroe en el Romanticismo.

Sosegada por fin la gente, se inicia la marcha hacia Tlaxcala. El ejército, bajo el sol, es una lengua de brillo. Al frente de él cabalga Cortés sobre su yegua. Es la imagen viva del héroe romántico:

¡Qué bien en la yegua rige,
y qué bien lleva la lanza,
y qué magnífico juego
en el juego de sus armas!
Sobre la cota de oro,
que mil diamantes esmaltan,
de brillante argentería
bordada luce una banda;
follajes lleva al extremo
y lazos de seda y plata,
en los cuales se sujeta
su tizona toledana.
Templado casco de acero
cubre su frente bizarra,
y las plumas que le adornan
se asemejan, por lo blancas,
a los vellones de nieve
que coronan la Alpujarra.
Crujen chocando las piezas
y sus manoplas de escama,
que más que manos parecen
de un fiero león las garras (83).

¿No hay en esta descripción un recuerdo de Moratín y Escoiquiz? Pero sigamos la relación. El ejército continúa su marcha. Al lado de Cortés van sus capitanes: Portocarrero, Lugo, Juan de Velázquez... Inopinadamente, un grupo de indios sale al paso de

(82) Romance XI.
(83) Romance XII.

los castellanos: es la embajada de Moctezuma, que ofrece a Cortés plumas de oro y veinte doncellas indias, hermosísimas y semidesnudas, entre las cuales el conquistador —enamorado al instante— elige una.

Dios te guarde, al fin la dice,
Dios te guarde, mejicana,
que eres la imagen de aquella
que mató mis esperanzas.
Iguales son esos ojos,
iguales son tus miradas;
indiana, vente conmigo,
serás ángel de mi guarda (84).

La bella india, que no entiende el castellano, contesta con los ojos, «que son las lenguas del alma». Y he aquí cómo, por obra de la fantasía, Hernán Cortés ha conocido a doña Marina. Es el comienzo de un idilio amoroso que va a tener lugar «bajo una tienda de seda», en que la doncella está sentada en cojines de oro y el galán —¡oh, manes de don Juan Tenorio!— arrodillado a sus pies. Entre los dos se columpian suspiros y miradas, hasta que el alba llega y, con el alba, el clamor de la lucha próxima.

La batalla de Tlaxcala cubre el paisaje de crueldad. Españoles e indios luchan esforzadamente. Las hondas cavan en las corazas, las ballestas crujen, lanzas y espadas ponen rayos en el aire, y los combatientes se estrujan con denuedo. Entre ellos

Hernando Cortés se eleva;
la muerte esgrime en su mano,
que nunca sus golpes yerra.
Teñidas en sangre tiene
las relucientes espuelas,
sangre lleva en la coraza,
sangre lleva en la gorguera,
y al empuje de su brazo,
millares de cuellos siega
que se hacinan en su torno
como montones de hierba (85).

Pero poco hubieran conseguido los españoles de no ser ayudados

---

(84) Romance XII.
(85) Romance XV.

por un caballero que hiende el aire sobre su yegua, de crines áureas y plateadas como las estrellas. Es Santiago Apóstol, capitán de las huestes cristianas. El triunfo sigue, pues, a la batalla y los españoles entran en Cholula, donde vamos a presenciar la famosa conjuración y su castigo. Pero consignemos antes que los de Cholula han celebrado un consejo, durante el cual Guatimotzín llama a la guerra. Y Guatimotzín —nos ha dicho antes el poeta (86)— está enamorado de doña Marina. Es la fuerza del amor que produce y mueve todas las acciones románticas.

Descubierta, pues, la conjuración de Cholula, Cortés ordena fusilar a los jefes y luego partir para México. El conquistador va a caballo; a su lado, también cabalgando y «vertiendo amores», va Marina. Llegados a la capital, sale a recibirles Moctezuma, quien se inclina dignamente ante Cortés; éste condecora al rey indio con un collar de finos diamantes «de las minas de Ceylán».

Pero no va a durar mucho tiempo esta amistad ceremoniosa. En seguida va a estallar la revolución de México y los indios rodearán el palacio de Moctezuma, donde el emperador azteca está comiendo con Hernán Cortés y doña Marina, que sirve de intérprete. Será Alvarado quien irrumpa en el salón y comunique la noticia de la muerte de Escalante, que el poeta sitúa en México. Moctezuma saldrá al balcón para arengar a sus súbditos, pero Guatimotzin, resentido con el emperador por haber entregado doña Marina al conquistador, animará la revuelta y jurará muerte a Cortés, «porque le matan los celos». Es entonces cuando doña Marina explica a Cortés el amor que hacia ella sentían Guatimotzín y ruega al conquistador que salga de México con sus hombres. Es el amor, siempre el amor, moviendo a los hombres. Y en esta ocasión el idilio terminará con un beso.

Así, pues, como vemos, todos los acontecimientos de la conquista están producidos por el amor, elemento principal del Romanticismo. Pero faltaba hasta ahora en la relación ese combate singular que, tomado de la Edad Media, era tan del gusto romántico. Faltaba hasta ahora en este Romancero —título medieval también—, pero no podía faltar. En la batalla de Otumba, en efecto, se da ese combate singular, que liquida, por otra parte,

---

(86) Romance XIII.

la enemistad de los dos protagonistas del drama: Cortés, el héroe español, y Guatimotzín, el héroe azteca, enemigos personales en esa romántica lucha por el amor de doña Marina. El choque se produce cuando Hernán Cortés va a tomar el estandarte sagrado de los indios:

Guatimotzin se presenta,
terrible como ninguno;
míranse los dos guerreros
con enojo furibundo;
se llaman, se reconocen,
y como tigres, al punto
uno al otro se abalanzan
de cólera y rabia mudos.
Páranse los batallones
de aquel suceso al influjo,
y todos los ojos brillan
como encendidos carbunclos,
que no saben de esta lucha
quién ha de coger el fruto.
Si amor y gloria, de Hernando
son los terribles recursos,
también el amor, la gloria
a Guatimotzin dan culto.
Lidian y a sus fieros golpes
se hacen pedazos menudos,
se desgarran, se destrozan,
se hunden a tajos y a insultos;
desármanse mutuamente,
y como recios arbustos,
se enlazan, luchan, vacilan,
y caen al fin dando tumbos,
tiñendo la blanca arena
con rosetones purpúreos.
Rinde la cerviz Hernando
de Guatimotzin al yugo,
que con su peso le aplasta,
como la pared de un muro;
y al mirarse ya vencido,
da fuerza a su aliento último;
revuélvese, se levanta,
y con brazo asaz seguro,
en el pecho del Indiano,
hundió su puñal agudo (87).

(87) Romance XXIII.

Después del combate, los indios, espantados, huyen. Cortés, hincado de rodillas, da gracias al cielo por su victoria, y en la bóveda azul ve un cartel:

¡Honor al héroe que supo
con sólo seiscientas lanzas
dar a su patria otro mundo.

No falta nada ya. El héroe ha conquistado la tierra y el amor de su dama. Mas, ¿cuál es este amor? Cuando Cortés va a México, doña Catalina vive en su corazón, pero pronto la olvida, como hemos visto, y se enamora profundamente de doña Marina, aunque al principio ésta no fuera más que «imagen de aquélla—que mató mis esperanzas». Había, por tanto, dos amores para un solo caballero. Pero para la poesía no hay problemas. Hurtado hace que doña Marina muera en Otumba, como única solución para no hacer al héroe desagradecido obligándole a escoger a una de las dos mujeres. De este modo, además, podría haber boda en Santiago de Cuba, cuando Cortés volviera a pedir explicaciones a Velázquez,

que una deuda con él tengo
y es fuerza que me la abone (88).

Mientras tanto, en Cuba, Catalina Juárez espera ansiosamente la vuelta de Hernando. Un gozo inédito le dice que su galán va a volver pronto, y ella, mientras mira el horizonte marino haciendo galeras lo que quizá sólo fueran gaviotas, siente profundas alegrías que conmueven su alma:

Suspiros exhala
mi pecho anhelante,
suspiros que alivian
y aquietan mis males.
No ya como un tiempo
me asaltan pesares
que abruman la mente
y el ánimo abaten;
que imágenes gratas

---

(88) Romance XXV.

visiones radiantes,
hoy dan a mi pecho
ventura inefable (89).

Pero ya está Cortés en Santiago de Cuba. Toda la población ha salido a recibirle. Entre la muchedumbre, envuelta en un manto y cubierta su frente con una gasa, está Catalina. Pero Cortés a quien primero ve es a Velázquez y echa mano a su espada. Es el momento en que Catalina se acerca al conquistador, le reconoce y cae desvanecida. Cortés se dispone a levantarla, pero recuerda el desaire que le había hecho faltando aquella noche a la cita. y la deja en el suelo para encararse con Velázquez. Pero el gobernador se arrepiente y pide perdón a Hernando, a quien dice también que Catalina le ha sido siempre fiel. Por último, el matrimonio pone punto final y gozoso. Es la apoteosis final del drama.

Sin embargo, aún falta algo. Aún falta, en este drama romántico, la gota de agua turbia, y ésta va a tenerla en el olvido con que el emperador paga, veinte años después, la gesta del conquistador de México. Veamos la escena. Es la antesala del palacio toledano, donde Hernán Cortés, ya viejo, espera la salida del César. Verificada ésta, Cortés pide al rey que levante el secuestro a que están sometidos sus bienes. Pero Carlos V, sin contestar, continúa su camino por la sala. Ha caído, en trágico mutis, el telón final.

Don Juan Justiniano y Arribas

Don Juan Justiniano y Arribas había nacido en Sevilla, y en 1891 era académico correspondiente de la Real Academia Española y de la de Buenas Letras de Barcelona; preeminente de la sevillana de Buenas Letras, de número y mérito de otras varias sociedades científicas, artísticas y literarias; hijo adoptivo de Badajoz y de Medellín, y coronel de Caballería. Pero no había llegado aún a tan alta graduación cuando, en 1861, publicó la *Invocación* y el primer canto de un poema titulado *Hernán Cortés.* Don Juan Justiniano y Arribas era solamente capitán del regi-

(89) Romance XXVI.

miento de Húsares de la Princesa cuando dió a luz su libro de poesías dedicadas a SS. AA. RR. los Serenísimos Señores Infantes Duques de Montpensier. En ese libro aparecía el fragmento del poema cortesiano, aunque en él no se habla de Cortés para nada. ¿Sería este poema lo que le valió a su autor el título de hijo adoptivo de Medellín?

Pero vayamos al poema. La Invocación se compone de dieciséis octavas reales, y el canto primero tiene sesenta y siete. Se inicia el canto con una invocación a la fe, a la que pide para cantar a Cortés la voz que nunca muere, y comienza la primera parte del poema hablando de los Reyes Católicos y de la toma de Granada, para presentarnos luego la locura de doña Juana y las cavilaciones del rey católico ante el problema de nombrar regente, cargo para el que, por fin, es elegido Cisneros. Mientras tanto, en las recién fundadas colonias de ultramar se apresta la gente a hacer nuevas conquistas. En Cuba, Velázquez, cuyo orgullo desdeñaba ser segundo, piensa dirigir una expedición a la costa del continente, para la cual nombra jefe a Grijalva. Pero con el relato de esta expedición acaba el canto. No se habla, pues, de Hernán Cortés en ningún momento. Y, respecto al valor poético del canto, nada podemos decir, ya que no sale de la línea marcada en el siglo XVIII. Es, en definitiva, este poema una muestra de la pervivencia dieciochesca en la épica.

Pero don Juan Justiniano y Arribas no podía menos de hablar de Hernán Cortés en alguno de sus poemas. Así, en su oda *A Medellín* le dedica estos versos:

El cubrió de laureles,
lidiando con arrojo nunca visto
en Tabasco y Tlascala contra infieles,
el sacro Leño redentor de Cristo!...
El rompió el lazo vil que le tendiera
en Cholula el astuto mejicano,
y en su sangre ahogó allí su saña fiera,
sin dar paz al acero ni a la mano!...
Del sol, que desemboza el firmamento,
de los crespones de la noche oscuros,
en noble sed de coronar su intento,
a Méjico avanzó con sus varones,
entrada franca diéronle sus muros,

y allí hirieron por vez primera el viento
de las trompas hispánicas los sones...
... ...
Allí los torpes ídolos cayeron
para no alzarse más!... del mejicnao
humo los bríos y la astucia fueron;
y anunciando del héroe castellano
en aquel hemisferio la victoria,
sin par radiante, sin segunda en gloria,
los ecos repitieron
de ciudad en ciudad, de llano en llano,
de montaña en montaña,
«Méjico por la Cruz y por España».

He aquí todo lo que este poeta, que se llamó a sí mismo «vate, cuya mente inspira—de nuestra España la brillante Historia», dijo de Hernán Cortés. Es que la poesía española, que nunca gustó de los temas épicos, caminaba hacia un total abandono de estos asuntos. Faltaba muy poco para que España perdiera todas sus posesiones ultramarinas. Como previendo la catástrofe, las liras fueron quedándose mudas. Pero en la mente y en el corazón de los españoles perviviría siempre América como entrañable objeto de la amistad más íntima.

JAIME DELGADO

APENDICE

HERNÁN CORTÉS ECHA A PIQUE TODAS SUS NAVES EN LAS COSTAS DE NUEVA ESPAÑA

Quae tam poetica, et quamquam in
verissimis rebus, tam fabulosa materia?
(Plin., lib. 8, ep. 4.)

HERNAN CORTES

CANTO ÚNICO

1.

Es tiempo de cantar vuestras proezas.
Españoles qué hacéis? Si se ha dormido
En el Indiano Luxo y las riquezas
Aquel Numon, que sobrio y aguerrido

Cantó el valor y os inspiró grandezas;
Despertadlo otra vez al mismo ruido,
Para que diga de la Nueva España
A qué Varón se debe, y a qué hazaña.

2.

Ninguna rima del noveno Coro
Me ofrezca la trompeta ni la lira:
Mi asunto es bello y para su decoro
Es vana la ilusión, vil la mentira.
Verdad augusta, sola a ti te imploro,
Pues siendo tuyo el soplo que me inspira,
Podrá hazer su calos, puro no austero,
Fábula hermosa mi hecho verdadero.

3.

Reynaba *Motezuma*, soberano
Cuyo Estado formaba otro Emisferio:
Treinta caciques baxo de su mano
Adoraban por ley el cautiverio;
Pero aunque grave, liberal y urbano,
No era tan grande Rey como su Imperio,
Que nunca conoció su alma insensata
Ni lo que vale el hombre ni la plata.

4.

Tres mil damas hermosas le reían,
Tres milloses de esclauas le temblaban;
Los Príncipes descalzos le servían,
Los Ricos sus tesoros tributaban;
Los Pobres que indigentes se veían
Abriéndose las venas sangre daban;
Y se inmolaban veinte mil Cautivos
A dos mil de sus Dioses vengativos.

Herrera. Decad. 2. lib. 6. Cap. 2. p. 137

Decad. 2. l. 7. C. 18. p. 128.

5.

Rey sin amigos, Grande imprudencia,
En los brazos del solio embelesado,
Vió negar a su orgullo la obediencia
del *Tlascalteca*, pueblo denodado;

Mientras otros con tímida impaciencia
Sólo esperaban en tan triste estado,
Para oponerse al mal que les abruma,
Que fuese desgraciado Motezuma.

6.

A esta razón, la Fama, aquella Harpía,
Cubierta de alas lengua boca y ecos,
Dixo: que por la parte donde el día
Nace del mar, y en donde ya más huecos
Forman en arco un seno, o gran vahía
Los riscos de los Yndios *chalchicoëcos*, Decad. 2. l. 5.
Unos monstruos tocaban las arenas. C. 4. p. 115
Del ayre Grifos, y del mar Ballenas.

7.

Que estos *Acales* (*), o *Canoas* fieras
Arrojaban allí de sus entrañas
Ciertos hombres, o Dioses, o chimeras
Con trages y figuras muy estrañas;
Quienes bebiendo el viento a las esferas
En brutos que surcaban las campañas,
Dexaban duda si absolutamente
El animal y el hombre era un viviente.

8.

Que el hombre daba al Yndio con sus ojos,
Fulminando humo y llamas, pronta muerte;
Que una mano vibraba mil abrojos;
Que otra ataba la boca al bruto fuerte
Para no ser tragado en sus enojos,
Por ser su feroz saña de tal suerte
Que llena el ayre, al imprimir sus huellas,
De relinchos, espumas y centellas.

9.

¡Qué asombro no causó tal maravilla!
Sonó el rumor por toda la comarca.

(*) *Acales, canoas, piraguas,* nombres que daban los americanos a sus embarcaciones.

México tiembla: México, la villa
Del vasto Imperio, Corte del Monarca,
Ciudad soberbia, que ensalza y brilla
Sobre el Lago de un agua pura y zarca, Decad. 2. l. 7. C. 14.
Cuyas calzadas forman quatro diques, p. 192.
Trabajo de *Culúas* (*) y Caciques.

10.

Túrbase Motezuma, y Determina
Cobarde en sus virtudes y en sus vicios,
Ir a aplacar la Gente peregrina
Con prendas de favor y beneficios:
Queriendo más tenerla por Divina
Y hazerla como a Dioses sacrificios,
Que vencer en la guerra Contingente
Una nación mortal, pero valiente.

11.

A dos Caciques fía el gran mensage,
Tleutillo y *Pitalpito,* dos Campeones
Emulos en valor honra y linage.
En Cofres de Caova y algodones
Cien Yndios transportaban el bagage
De los perfumes y los ricos dones;
Seguidos de cautivos desdichados,
Víctimas a las aras destinados.

12.

«Ya véis (les dize) de quán triste agüero
»Es esta novedad a mi Corona:
»El rebelde se muestra placentero,
»El sueño huye, el Cielo me abandona.
»Id pues, hablad al gefe aventurero,
»Obsequiad en mi nombre su persona,
»Pedidle con ahinco que se alexe,
»Que lleve el oro, que mis tierras dexe.»

(*) *Culúas*, nombre de los naturales de la provincia de México.

13.

Dixo: Y al punto parte la embaxada;
Pero México teme su fortuna.
Una Aurora Boreal forma una armada,
Vn cometa se extiende hasta la Luna,
Y la tierra con ímpetu agitada
Hace salir de madre la Laguna:
Que en tales movimientos intestinos
Suelen leer los pueblos sus Destinos.

14.

Tiene un parage México (qué encanto!)
En lo mejor del Lago y su ribera,
Donde fué diversión del Cielo santo
Vnir aun tiempo Otoño y Primavera:
El Yndio ocioso mira con espanto
Flores y frutos, mies y sementera,
Prende las aves, y haze guerra astuto
Con anzuelo y saeta al pez y al bruto.

15.

Aquí pues, un palacio se descuella
Esmero de las Artes Mexicanas;
La simple architectura es toda bella,
Sus Gracias van desnudas como Yndianas.
La Fortuna con ayre de doncella
Llama al favor las Gentes cortesanas:
Tal es de este palacio el frontispicio;
Pero por dentro? Trágico edificio!

16.

Veríais obsediado el alto trono
Del vil recelo y pálida sospecha:
La Trayción, la Malicia y el Encono,
Tiñendo en su ponzoña el arco y flecha:
La cruel superstición, que daba el tono,
Manchando en sangre humana su derecha;
Ya *Motezuma* lleno de temores
Esperando los dos embaxadores.

17.

Vuelven en fin, y dales pronta audiencia,
Para la qual la Corte se convoca,
Tleutillo con pasmada reverencia
sobre una larga mesa se coloca.
Ningún rumor impide su eloqüencia;
Todos escuchan; nadie abre la boca;
Y en medio del silencio del concurso
Empezó a pronunciar este discurso.

18.

«Gran Rey, pues me mandáis que fiel os diga
»Todo quanto hemos visto y observado
»En esa tropa astuta y enemiga,
»Preparad vuestro espíritu sagrado
»Al asombro al pavor a la fatiga;
»Y perdonad si no es de vuestro agrado
»La relación que emprendo, o si mi pena
»Interrumpe la voz y me enagena.

19.

»Ya había perdido parte de su frente
»El Astro de la noche, y siete soles
»Eran pasados, quando con mi Gente
»Llegué a alcanzar los bravos Españoles.
»(Así se llaman esos del oriente,
»Blancos, con barbas y de grandes moles.)
»Y los hallé por fin en *Zampoala*,
»Con Yndios de *Cholula* y de *Tlascala*.

20.

»Quál fué mi admiración a pocos pasos,
»De que los que asustaban a millones
»Fuesen quinientos hombres bien escasos,
»Y de que fuesen hombres con pasiones.
»Pero qué hombres, señor! En todos casos
»Manifiestan al mundo sus acciones,
»Que les dió el sol su padre desde luego
»Cuerpos de pedernal y almas de fuego.

21.

»Diónos Cortés audiencia generoso,
»(Así se nombra el Héroe); y que discreto,
»Baxo un ayre tranquilo y magestuoso,
»Sabía ocultar un corazón inquieto!
»Acerqueme a sus pies, y con reposo
»Mezclado de estupor y de respeto,
»Le ofrecí en vuestro nombre el real presente
»Y en alta voz le dixe lo siguiente:

22.

»El Monarca de México, el triunfante
»Rey Motezuma, Poderoso y Justo,
»Como Señor Magnífico y Galante,
»Te saluda admirado, no con susto;
»Y pide solamente que al instante
»Sin dolo ni ficción le hagas el gusto
»De mandarle decir claro quién eres?
»De dónde vienes? Qué hazes? y qué quieres?

23.

»Si eres un Dios benéfico y propicio,
»Aquí tienes inciensos oro y plata:
»Si eres un Dios de sangre y maleficio,
»Aquí hay víctimas prontas, hiere y mata:
»Y si eres hombre, como das indicio,
»He aquí para sustento fruta grata,
»Para abrigo preciosas vestiduras,
»Y para adorno plumas y armaduras.

24.

Nosotros (respondió Cortés al punto,
Con un aspecto entonces más que humano)
No somos Dioses; mas en el conjunto
De lo invicto, lo sabio y Castellano,
Excedemos sin duda en todo asunto
A los Dioses que teme el Mexicano.
Recibo con plazer los Donativos
Pero no inmolaré vuestros cautivos.

25.

Que el Dios que adoro, el Dios a quien me humillo,
Es Dios de Amor y Paz, no es Dios sangriento;
Nuestro culto es Augusto, mas sencillo;
El mismo Dios es hostia y alimento.
Ven a ver con tus ojos, o Tleutillo,
Lo que no sabe creer tu entendimiento,
Pues por fortuna es hoy la vez primera
Que baxará del cielo a esta ribera.

26.

»Era un altar un trono y una piedra;
»El templo, doze palmas, cuya nave
»Coronaba un festón de verde yedra: Decad. 2. l. 5. Cap. 4, p. 116.
»El sacerdote, con un modo grave
»Que atrae a todos y a ninguno arredra,
»Sacrificaba un pan y un licor suave:
»Confieso que al entrar en el santuario
»Me poseí de un pasmo involuntario.

27.

»Así que se acabó la dulze ofrenda,
»Cortés, lleno del Dios que había gustado,
»Nos dixo de la entrada de su tienda:
»*Yndios, oíd: El cielo está enojado*
»*Con vuestro culto y Religión horrenda.*
»*La Virtud, la Razón, la Fee me han dado*
»*Fuerzas para vengar sus santas leyes*
»*De los hombres, los Dioses y los Reyes.*

28.

»Esto decía, quando se acercaron,
»Con el horror pintado en el semblante,
»Algunos de los suyos y le hablaron.
»El los escucha, piensa, y al Ynstante
»Marcha con todos quantos le rodearon
»Y manda le sigamos; semejante
»En el estío aun rápido torrente,
»Que nada dexa atrás en su corriente.

29.

»Enderezóse a nuestro Adoratorio;
»Y ya sabéis que otro ninguno iguala, Decad. 2. C. 18. p. 199.
»En las dos grandes torres y el Cimborio
»De cráneos de hombres, al de Zampoála.
»Era aquel el instante perentorio
»En que el Ministro, que furor exhala,
»Esgrimiendo el cuchillo lo asestaba
»Al Corazón del Yndio, que temblaba.

30.

»*Detente, hombre fatal* (clamó subiendo
»El Héroe insigne por las quinze gradas),
»*Qué hazes? No ves que estás así ofendiendo*
»*El cielo y tierra, y que les desagradas?*
»Y metiéndose al punto entre el tremendo
»Sacerdote, y las víctimas atadas,
»Le manda suspender el sacrificio,
»O que le hará voltear del precipicio.

31.

»Al ver este espectáculo increíble
»El Pueblo, como un mar que se embrabeze
»Cuyo tumulto de olas es terrible;
»Porque en murmullo, se amotina, y crece.
»Pero Cortés, qual Roca inaccesible
»A quien nada intimida, y nada empece,
»Con los ojos, la voz, la ira, la espada,
»Dexó la multitud muda y helada.

32.

»Parece que aún le veo, quando ordena,
»Ynflamada de luz su ardiente cara,
»Que los suyos hiciesen la faena
»De destrozar los ídolos y el ara.
»Dioses, yo os oí rodar sobre la arena!
»Templo, tú no caíste. ¿Y quién pensara,
»Que el *Vitzilipuztli* (*) omnipotente
»Se dexase insultar impunemente!

(*) *Vitzilipuztli*, dios de la guerra y el más reverenciado de los mexicanos.

33.

»Podré yo hablar? Podré explicar ahora
»Las ansias ni sorpresas de aquel día?
»Al Sacerdote que su afrenta llora?
»Al cautivo que tierno bendecía
»La mano tutelar y bienhechora?
»Al vulgo que en facciones se partía?
»No lo diré, Señor, ni me lo mandes,
»Pues me llaman objetos aún más grandes.

34.

»Todavía duraba bien profundo
»En nuestro pecho atónito aquel sueño
»De un hombre, que venido de otro mundo,
»Mandaba hasta en los Cielos como Dueño;
»Quando de un espectáculo segundo
»Queriendo hazer alarde con empeño,
»Dispone que las tropas de su tierra
»Nos den la horrible imagen de la guerra.

35.

»Ellas se presentaron a la vista
»Sobre aquellos fogosos animales,
»A cuya intrepidez no hay quien resista.
«Qué arrogantes esclavos! Y qué leales.
»Permita el cielo que jamás te envista
»La espada o el fusil de sus metales,
»Que ellos dan por el oro (gran locura)
»El oro, autor de nuestra desventura!

36.

»Ojalá que no escuches los bramidos
»De una máchina aleve y retumbante
»Que aturde entorpeciendo los oydos;
»Y que exuctando un humo rutilante
»En bostezos, cien vezes repetidos,
»Lanza la piedra y rayo devorante:
»Fatal ventaja! Máchina funesta
»Que algún maligno espíritu les presta!

37.

»Figúrate la nube que pequeña
»Suele cumplir de su cetrino seno
»Relámpago fugaz, que se despeña
»De valle en valle, donde dobla el trueno;
»A cuyo horror se esconde por la breña
»El gamo incauto, de su susto lleno:
»Tal es el Yndio nuestro quando escucha
»El choque de estas armas y la lucha.

38.

«¿Viste también el *Pepocátec* (*) fiero
»Quando en sus erupciones más se irrita,
»Que estremece este Reyno todo entero
»Y azufre, lava, nitro y pez vomita,
»Por ser aquel hogar y reverbero
«Del Dios *Holóc* (*) que su furor concita?
»Pues así el español, con sus hechizos
»Sabe encender volcanes movedizos.

39.

»Bien presto las Falanges se despliegan,
»Se reunen, se atacan, se retiran,
»Y parece que danzan o que juegan,
»Cuando más se ensangrientan y conspiran.
»Los golpes de sus armas siempre llegan,
»Adonde nuestros arcos jamás tiran;
»Que aunque pongamos a las flechas alas,
»Con maior rapidez vuelan las balas.

40.

»Nosotros ah! por una triste suerte
»Sabemos romper cráneos, truncar cuellos,
»Sabemos desafiar y dar la muerte,
»Pero no la sabemos dar como ellos...»
Al decir esto, dió un suspiro fuerte
Tleutillo, y con las manos y cabellos,
Ocultando su llanto y su tristeza,
Puso entre las rodillas la cabeza.

(*) *Pepocátec*, célebre volcán del reino de México.
(*) *Holóc*, dios de los truenos y relámpagos.

41.

Rupió el silencio... y todo el Real palacio
Miraba atento al Re: el qual confuso,
Después de meditar un largo espacio,
Hizo seña al Cacique, según uso,
Con el pesado cetro de topacio,
Y soberanamente le ropuso:
Que refiriese en fin, sin cobardía
Lo que sólo el valor vencer podría.

42.

Mas *Tleutillo* callaba... Y *Pitalpito,*
Desarrollando un lienzo en donde había Decad. 2. l. 5. Cap. 4.
Pintado con primor muy esquisito p. 116.
Naves, cavallos, gente, artillería,
Trages, armas, tambores; dió un gran grito,
Y mostrándolo al Rey así decía:
«Este quadro, Señor, sea quien se explique,
»Que aunque mudo, ha de hablar más que el Cacique.

43.

»Y si supiese yo, como esas Gentes,
»Pintar los pensamientos y las vozes,
»Mis retratos quizá más eloqüentes
»Te harían palpable el mal que no conoces;
»Sin embargo, tomando hoy en sus fuentes
»Los colores más pérfidos y atroces,
»He suplido con dosis de amargura
»Lo que falta al vigor de la pintura.

44.

»Mirad aquí copiado el mortal ceño
»Y el Arte destructor de esos titanes,
»Con zumo de la yuca y del beleño
»Con el óleo de sierpes y alacranes:
»De sangre y llanto es todo aquel diseño;
»Esta sombra es betún de los volcanes;
»Y el fuego, que allí veis bien imitado,
»Un Carbón encendido lo ha trazado.»

45.

Entonces los curiosos Cortesanos,
Para formar del quadro clara idea,
Estendiendo los cuellos y las manos
Pusieron en desorden la asamblea;
Pero *Tleutillo* en fin, que a sus paisanos
Dar el último informe fiel desea,
Dirigió la palabra a Motezuma
Y cobrado el aliento, dixo en suma:

46.

«Poco antes que Cortés nos despidiera
»Cargados de insidiosas buxerías,
»Nos harengó a los dos de esta manera:
»*Yo no os he hablado todos estos días*
»*Sino en nombre de Dios; pero ya fuera*
»*Frustar vuestras ventajas y las mías,*
»*El no añadir que soy también embiado*
»*Del mayor Rey, que el Orbe ha respetado.*

47.

»*CARLOS, que reyna con Amor y Gloria*
»*Donde dexa la Aurora el blando lecho;*
»*Que llena todo el mundo de su Historia,*
»*Y a quien un solo mundo venía estrecho:*
»*Amando la amistad y la memoria*
»*De Motezuma Emperador, ha hecho*
»*Que por mares intactos me transporte,*
»*Para obsequiarle en México su Corte.*

48.

»No le dexé decir porque al momento
»Me acordé, Gran Señor, de vuestro encargo
»Le advertí que era osado tal intento,
»Agrio el camino, peligroso, y largo:
»Que para vos será mayor contento
»Verlos surcar de nuebo el charco amargo,
»Servidos de sirenas y tritones,
»Llevando nuestro afecto y vuestros dones.

49.

»Pero Cortés insiste: él se abalanza
»A la presa que tiene ante los ojos,
»Como un Aguila Real, cuya pujanza
»No pueden contrastar ruegos ni enojos;
»El corre azia nosotros con confianza
»Sediento de laureles y despojos;
»Se engolfa por poblados y desiertos,
»Dexa atrás sus baxeles y tus puertos.»

50.

Esto escuchaba Motezuma ansioso,
Su augusto rostro lívido y sudado;
Que el tirano temido es temeroso,
Y el feliz siente más ser desgraciado:
Y volviendo la vista silencioso
Al sacerdote que tenía a su lado,
Solicitó con expresiones mudas
Oráculo encontrar a tantas dudas.

51.

Contextóle el Pontífice allí mismo,
Como un hombre inspirado y en demencia:
Sus causas, su dolor, su fanatismo,
Daban a su entusiasmo más violencia.
—Hijo de Axáycácin (*), *en el Abismo* Decad. 2. l. 7. cap. 17,
De una noche de horror y turbulencia, p. 197.
Yo presumí evocar la negra sombra
Del Dios del Mal, que Quetzalcoalt se nombra.

52.

Yo le inmolaba el corazón caliente
De una doncella joven y graciosa,
Quando le vi mostrarse de repente
En medio de una nube tenebrosa.
Oh quán mudado aquél! quán diferente
De su imagen altiva y magestuosa!
Ensangrentada a grumos la melena,
En las manos y pies una cadena.

(*) *Axáycácin,* nombre del padre de Moctezuma y su antecesor en el imperio.

53.

Y tú (exclamé) O tú, inmortal escudo
Del Impero de México, qué es esto?
Qué causa impía maltratarte pudo?
Cómo has estado sin venir más presto
A librarnos del golpe acerbo y rudo
De este extraño enemigo, que molesto
Contra los Dioses, contra ti, se amaña
Y a México pretende traher la España.

54.

No me responde... sino que exhalando
Del profundo del pecho un gran gemido,
«Ah! Si esa Gente, *dize*, si ese Hernando
»No se vuelve en la Armada en que ha venido;
»México se acabó, su Rey, su mando,
»La libertad del Yndio desunido,
»Mis altares, tu honor y predominio,
»Cumpliéndose el eterno vaticinio.

55.

»Ve a *Melinalco* (*), y haz que los prodigios
»De catorze hechiceros que eligieres,
»En esa Gente infundan con prestigios
»Terror del Yndio, amor a los plazeres;
»Que entre ellos haya vandos y litigios,
»Deseo de su botín y sus mugeres,
»Ansia de navegar por otros mares,
»Y de llevar el oro a sus hogares.

56.

Esto me dixo, huyendo de mi vista
Como el polvo y la niebla huyen del viento.
Y pues mandáis, señor, que yo aquí asista,
Y os diga, como un Dios, mi sentimiento;
Oponed a Cortés y su Conquista
Lentitud, fraude, don, encantamiento,
Precisión de volver a sus Canoas,
Y de poner a Oriente ya las proas.

(*) *Melinalco*, lugar famoso de hechiceros en Méjico.

57.

Todo el Congreso asiente a este dictamen:
Y Motezuma ordena a sus Lictores
Que Hechiceros y Mágicos se llamen;
Que vayan otra vez Embaxadores,
Y en la presencia de Cortés derramen
Regalos más curiosos y mejores;
Para obligarle en fin a que se vaya,
Y retire sus naves de la playa.

58.

Y quando el mal cercano que sentimos
llegase hasta los últimos estremos,
Si como Mexicanos combatimos
Y hacemos la defensa que podemos,
Nos quitarán la tierra en que nacimos,
Mas no la tierra en que morir debemos.
Así habló el Rey, y para consolarse
Al Palacio del Luto (*) fué a alojarse.

59.

Entre tanto, Cortés no revolvía
En su gran corazón menor proyecto
Que el de rendir tan rica Monarchía,
Y dar un fuerte impulso al vasto efecto.
De *Tabasco* domada la porfía,
Ganado en *Zampoala* el buen afecto,
Andaba maquinando allá consigo
Ver de *Tlascala* vencedor y Amigo.

60.

Tlascala, que en el nuebo continente
Es República Tártara o de Scytas,
Libre y ufana, bárbara y valiente,
Opone al paso tropas infinitas:
El Héroe ve el peligro y no lo siente;

(*) *El Palacio del Luto* era uno de los más magníficos que tenía Moctezuma para en tiempo de infortunios y penas. Déc. 3, l. 2, cap. 17, pág. 56

Habla a sus Gentes, y las ve marchitas.
Fama, cuéntame ahora porqué medio
Entró en los Españoles aquel tedio

61.

Dime, cómo la Magia Americana
Pudo con sus inútiles conjuros
Atraher la Discordia (*) vil e insana
Sobre pechos tan bravos y seguros:
Cómo el pérfido ardid de esta tirana
supo insinuar sus hálitos impuros
Contra Cortés, en el partido entero
De su rival *Velázquez*, hombre austero.

62.

La Discordia en efecto se apresura
Hasta el Campo volante de la Europa,
Y a todo malcontento que murmura
Le da a beber veneno de su copa:
Al punto claman todos: *Qué locura!*
Pensar rendir tan numerosa tropa,
Querer pasar tan dilatados yermos
Quinientos hombres, y los más enfermos.

63.

Los víveres nos faltan, y Cortés
Se podrá prometer en tal conflicto
Darnos Maná como lo dió Moysés?
Nos sabrá preservar en este egito
De infortunio, de plaga, de rebés,
De la flecha del Yndio y del mosquito?
Embarquémonos pues, y ese hombre astuto
Pase sólo los mares a pie enjuto.

64.

A pesar de este pérfido misterio
El caudillo, con flema y dulce calma,
Trataba en dar a España un nuebo Ymperio,

(*) *La Discordia* era entre los americanos la diosa que llamaban *Tocci.*

Al Evangelio más frondosa palma;
Añadir a la tierra otro emisferio,
Ynfundir en los Yndios mejor alma,
Y a fuerza de virtudes y Conquistas
De *Antípodas* triunfar y *Antagonistas.*

65.

En estas circunstancias sobrevino
El nuebo Embaxador de Motezuma
Con graua, gomas, piezas de oro fino,
Mucha piedra preciosa, mucha pluma,
Algodón delicado como lino,
Blanco y resplandeciente como espuma;
Y habiéndolo ofrecido a Cortés todo
Dixo con entereza y bello modo:

66.

«Ya véis Señor, con qué magnificencia
»Mi Rey responde a la amistad del vuestro;
»Mas advertid que de su real presencia
»Os aparta un presagio harto siniestro,
»Volvedos a embarcar con diligencia,
»O pasareis por enemigo nuestro:
»Ydos Cortés, salid de estas orillas,
»Y huyan de vuestros ojos nuestras villas.»

67.

Mientras que la bellísima *Marina*,
(La Venus de Cortés y la Minerva,
Que aun su país la tubo por Divina), Decad. 2. l. 5. C. 11.
La arenga interpretaba sin reserva; p. 127.
Lo que en su Corazón él determina,
Lo oculta sabio a toda la Caterva:
Y vuelto al Yndio que tenía delante,
Le respondió risueño y arrogante:

68.

«Mañana al tiempo, que el Oriente abierto,
»Saliere el sol con nuebos atavíos,
»Estaréis apostados en el puerto
»Con todos vuestros hombres y los míos.

»Allí veréis el orden y concierto
»Con que me esperan lanchas y navíos,
»Y habréis de ser testigos al momento
»De mi resolución y pensamiento.»

69.

Apenas el crepúsculo rayaba
Tiñendo el ayre de color bermejo
Y en todo el mar la luz reverberaba
Como en la mansa luna de un espejo:
Ya el Mexicano con su escolta estaba
Sobre las altas costas, y al reflexo
Del nuebo día, viendo el horizonte,
Rompió el silencio, y dixo desde el monte:

70.

«¡O feliz tiempo aquel, no tan remoto,
»En que los ojos de mayor viveza
»No hallaban a estos mares otro coto,
»Que el que les señalaba su flaqueza!
»Aquel, en que el *Culúa* mas piloto,
»Creyendo el cielo y agua de una pieza,
»Juzgó que navegando en su *Piragua*
»Podría llegar al cielo por el agua.»

71.

Luego teniendo la atención suspensa
En los baxeles surtos de la Armada,
Que presentaba una arboleda densa
Por estar en unión y empabesada:
«Quánta Canoa, dixo, y quán inmensa!
»Qué estructura tan fuerte y encorbada!
»Decidme duros leños, quién se atreve
»A doblegarnos como un junco leve?

72.

»Quién levantó esos cedros eminentes
»Y los pudo vestir de alas y Colas?
»Cómo en la agitación de las corrientes
»Saben las barcas conducirse solas?

»Cómo los soplos de ayres diferentes
»Les abren el camino por las olas
»Zefiros si amaynáis, hoi serán vientos
»Los suspiros del Yndio y los alientos.»

73.

Estaba en esto aquella Gente absorta,
Quando llega Cortés con sus soldados,
Y a las embarcaciones los transporta.
Todos los Yndios, y aun los Coligados
De Velázquez, facción tímida y corta,
Con tales apariencias deslumbrados
Creyeron (vano gozo!) que se irían,
Y dando alegres vozes se aplaudían.

74.

Mas ved aquí que de repente Hernando,
(Quien de un pecho mortal tal esperará!)
Pozunas y galeotas va mandando
Que Jarcias, Velas, Aula, Botavara,
todo se fuese aprisa despojando,
Y que la flota a pique allí se echara.
Al punto (o mutación!) se representa.
En bonanza apacible una tormenta.

75.

Cae el trinquete, hiéndese la quilla,
Salta el timón, destrózase el costado...
Y al advertir tan nueba maravilla,
Fenómeno en el mar nunca observado;
Estáticas las ninfas en la orilla,
Neptuno en sus cavernas asombrado,
Temen a un hombre, de quien son testigos,
Que ama el Naufragio en puerto de enemigos.

76.

¿Qué hacías entonces, tu Nigromancía,
para salvar las naves de las rocas?
Tú invocabas la calma, y acudía
Traiendo los Delfines y las Focas.

Una sostiene el buque que se abría;
Otra se arrima por cerrar las bocas...
Velo Cortés, y con desasosiego
Al agua perezosa añade el fuego.

77.

Corre furioso el *Hector Castellano*
Con un hacha encendida en la derecha,
Como a las naves Griegas el Troyano:
Síguenle sus Atletas, que la mecha
Llevan también en una y otra mano,
Y cada qual sobre la Flota se echa
De honra picado, de entusiasmo lleno,
Yendo delante el santo, hijo del Trueno.

78.

Así como la trágica pabeza,
Que un Aquila transporta en los tizones,
Arde, crece, rechina en la maleza
Instada de los recios Aquilones:
Así el Yncendio gana con presteza
Por toda la montaña de galeones,
Y reduze sus cumbres movedizas
Primero en Etnas, y de aquí en cenizas.

79.

Aún encubría el humo todo el puerto,
Quando Cortés, mirando al Real Cacique,
Que del espanto estaba casi muerto
Dixo: *no es menester que más me explique.*
Decid a Motezuma cómo es cierto
Que he hechado mis vaxeles aquí a pique,
Que no puedo salir ya de esta tierra,
Y que me espere allí o en paz, o en guerra.

80.

Entonces, camerada de su zelo,
Dió un grito tan feroz la Ydolatría
Que retumbó la bóveda del Cielo,
Corrió el Monstruo fatal por la vahía

Con ceño torbo y arrastrado vuelo,
A colocar la dura tiranía
De un cetro infernal y sanguinario
En la opaca región del Lago Ohetario.

81.

—«México fué: (clamaba) un Dominio,
»Su antigua Gloria, su Opulencia estraña,
»Debía acabar, según el vaticinio,
»Por un Héroe que hiciese tal hazaña.
»Verá la capital en su exterminio
»Que sus Provincias se hacen Nueba España;
»Y que la España, que en grandezas crece,
»Otro más Nuevo México establece.

82.

»El triste Motezuma, Rey postrero,
»Para mayor corona de sus penas,
»Se hallará en su palacio prisionero
»Y con los pies sagrados en cadenas.
»Tus mismos Mexicanos (desafuero!)
»Le matarán Rasgándole las venas,
»Y empezarán con gloria a dominarlos
»Grandes *Felipes*, y Virtuosos *Carlos*.

83.

»Ya ese Cortés, que abrasa sus baxeles.
»*Agatocles* mejor de esta Cartago,
»Para que así de sus cenizas crueles
»Renazcan bergantines sobre el Lago;
»De tan grandes conquistas y laureles
»Será el Triunfo más noble, el mayor pago,
»Que en el Pindo Español está se estime
»Por su acción más gloriosa y más sublime.»